

NOTA BIBLIOGRAFICA: Estado de la cuestión

LA LITERATURA SOBRE LOS NUEVOS MOVIMIENTOS SOCIALES. UNA REVISION

Por RAFAEL DURAN MUÑOZ

SUMARIO

CONCEPTUALIZACIÓN Y TIPOLOGÍA.—NOVEDAD DE LOS NMSs).—EXPLICACIONES CAUSALES DEL SURGIMIENTO.—BASE SOCIAL DE LOS NMSs.—FORMAS DE ACTUACIÓN.—*IDEOLOGÍA* DE LOS NMSs.—LOS NMSs EN EL SISTEMA POLÍTICO: DINÁMICA Y ORGANIZACIONES.—EFECTOS DE LOS NMSs.—A MODO DE REFLEXIÓN FINAL: *Una nota sobre España*.—REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Y la mayoría de vosotros querría (no me gusta el condicional: prefiero decir quiere, y oírlo decir también) una paz universal, a la que contribuyan, como aportación última, todos los ejércitos antes de que desaparezca, al mismo tiempo que la guerra, cualquier militarismo. Y quiere una organización, suma y cima de todas la demás, que acabe con el hambre en el mundo, a costa de cualquier porcentaje de producto interior bruto, y de una distribución más misericorde de los bienes mundiales. Y que las leyes se actualicen y sean más equitativas e igualitarias. Y que la restauración y conservación de la Naturaleza no sea una cortina que encubra egoísmos feroces, sino la más imprescindible prioridad de todos, postergados los intereses nacionales. Y que, de modo no previsto pero previsible (*¿por qué no encargarlo a las primeras astronaves*) se saque de la Tierra el armamento nuclear y los residuos tóxicos. Y que la medicina y que las ciencias y que la economía sean un patrimonio mejor repartido y más común. Y la política, una modesta y leal administradora (...).

Antonio Gala: «El Compromiso»
El País Semanal, 19-6-94

El objetivo de este trabajo es revisar la literatura sobre los *nuevos movimientos sociales* (NMSs) y sistematizar la forma en que los autores han abordado cuestiones tales como las conceptuales y tipológicas, la novedad de los NMSs, las causas de su

surgimiento, su base social, sus formas de actuación, su *ideología*, su dinámica y organizaciones y, por último, los efectos que a juicio de los teóricos han tenido, están teniendo o tendrán sobre las sociedades y sistemas políticos de las democracias occidentales. No quisiera desaprovechar la oportunidad de aludir, siquiera en las conclusiones finales y a modo de comentario sugerente para posteriores estudios, al estado de la investigación empírica de los NMSs en España. El artículo se estructura en nueve epígrafes temáticos que obedecen a las distintas cuestiones planteadas. A lo largo del mismo explicitaré algunos comentarios que me sugiere el conocimiento de la literatura y que modestamente considero útiles para el perfeccionamiento de esta línea de investigación científico-social (1).

Las movilizaciones sociales que tuvieron lugar en Europa occidental y en Norteamérica entre mediados de los años sesenta —sobre todo en 1968— y principios de los ochenta revitalizaron el interés de sociólogos y politólogos por este fenómeno (2). Destacaron por su interés científico-social aquellas motivadas por temas como la no discriminación de la mujer, el pacifismo, el ecologismo y, en gran medida relacionado con estos últimos, la oposición a la energía nuclear —cualquiera que fuesen los fines de su uso—. Los modelos analítico-explicativos imperantes fueron revisados y cuestionados (entre ellos el de la acción racional) (3), y emergieron tres nuevos paradigmas: el *psicológico-social*, el de la *movilización de recursos* y el de los *nuevos movimientos sociales*. En Norteamérica, pero sobre todo en Estados Unidos, el objeto de la atención de los autores fue, inicialmente y desde una perspectiva funcionalista, las motivaciones y actitudes de los participantes individuales (primer modelo) (4); a lo largo de los setenta, algunos sociólogos norteamericanos entendieron que la constitución de movimientos sociales no dependía de la existencia de necesidades y de demandas insatisfechas, pues éstas siempre existen según ellos, sino de la creación de organizaciones para movilizar ese potencial (*movilización de recursos*) (5). El tercer modelo fue especialmente desarrollado y adquirió más consistencia en Europa; los científicos sociales se centraron en este caso en el significado cultural de los nuevos movimientos y/o en sus orígenes estructurales. La revisión y crítica de toda esta literatura ha dado lugar a un cuarto enfoque, más completo, que integra en los análisis anteriores el *proceso político*, y más concretamente la *estructura de oportu-*

(1) He desestimado intencionadamente el análisis explícito de la literatura de carácter empírico. Atender a las particularidades de los distintos movimientos y de los distintos ámbitos geográficos en que actúan excede los objetivos de este artículo.

(2) Respecto de las continuidades y discontinuidades entre los movimientos sociales específicos de los años sesenta y los contemporáneos de las décadas posteriores, véase Turner (1994).

(3) Vide Hirschman (1982), DeNardo (1985), Oliver *et al.* (1985), Muller y Opp (1986). Los enfoques teóricos que más afectados se han visto han sido no obstante el funcionalista y el (neo)marxista (vide Scott, 1990, Introducción, cap. 2 y págs. 99 ss.).

(4) Vide Gurr (1968, 1970), Gurr y Duval (1973).

(5) Vide Oberschall (1973, 1978), McCarthy y Zald (1973, 1977, 1979), Zald y McCarthy (1987).

nidad política, como variable explicativa insoslayable en todo estudio de los movimientos sociales que aspire a comprender las razones de su origen y su dinámica (6). Las causas estructurales a que aluden la mayoría de los autores del enfoque de los NMSs son económicas y sociales, derivadas de la incidencia que habría tenido en los ciudadanos el desarrollo del estado del bienestar y del capitalismo avanzado. Por otra parte, los participantes en estos movimientos se caracterizarían según la literatura por su rechazo de las ideologías políticas tradicionales y de la organización política vigente. Los autores se han centrado asimismo en el análisis de las identidades colectivas de estos grupos que se movilizan. Si bien por lo general han sido ajenas a sus estudios durante mucho tiempo tanto las formas de acción colectiva utilizadas como la incidencia de la política en tales movimientos, debido al declive de muchos de ellos y a la participación de otros en la política institucional —especialmente los ecologistas—, los estudiosos han comenzado a prestar más atención a los vínculos existentes entre estas organizaciones y la política (7).

CONCEPTUALIZACION Y TIPOLOGIA

Los adjetivos con que los autores se refieren a estos movimientos sociales varían, siquiera para evitar redundancias en los textos. Algunos hacen uso de denominaciones propias que enfatizan el elemento que a su parecer los describe mejor: «postmaterialista» (Inglehart, 1977), «comportamiento político no ortodoxo» y «política de alboroto» (Marsh, 1977), «antipolítica» y «radicalismo» (Berger, 1979), «neorromanticismo» (Schimank, 1983), movimientos sociales «de identidad» (Cohen, 1985), «inconventionales» (Kaase, 1992). El término mayoritariamente utilizado es, no obstante, el que los define como «nuevos» (8); a ellos se alude también como «contemporáneos» (o «modernos») y, en menor medida, «alternativos».

La mayor parte de la literatura científico-social que se ocupa de los NMSs desestima en sus análisis, no si realmente son nuevos y por qué (*vide infra*), sino si son o no *movimientos sociales*. Aunque algunos parten de una definición de «movimiento social», todos dan por comprobada la validez de su aplicabilidad al caso que nos ocu-

(6) *Vide* Tilly (1978), McAdam (1982), Tarrow (1988), Kriesi *et al.* (1992).

(7) Entiendo que no forman parte de esta corriente de estudio de los movimientos sociales autores neo- y post-marxistas como Marcuse (1970) o Touraine (1981; 1985) respectivamente, tanto porque no se centran en los «nuevos movimientos sociales» como fenómeno específico como porque los analizan en términos clasistas (*v.* Scott, 1990, cap. 3). Ello no impedirá que haga las reflexiones que oportunamente estime de interés, especialmente en relación a Touraine.

(8) Fueron algunos sociólogos germano-occidentales los que acuñaron el término «Neue soziale Bewegungen» para designar este fenómeno (Brand, 1982; Brand *et al.*, 1983; Roth, 1983). En el vocabulario inglés de la investigación social se introdujo el correspondiente «new social movements».

pa (9). Quizás se trate tan sólo de una forma de eludir un problema espinoso; Cohen (1985) ha indicado en este sentido que no existe acuerdo entre los autores respecto de qué es un *movimiento* y qué un *movimiento social* en tanto que diferenciado de otros colectivos como los partidos políticos o los grupos de interés (v. Diani, 1992) (10). Excepcionalmente, Klaus Eder ha centrado su atención en este punto, y ha llegado a la paradójica conclusión de que los NMSs, de *la petite bourgeoisie* según él, no son movimientos, sino «contramovimientos» sociales (11). Como indicaré más abajo, independientemente de que sean o no «movimientos sociales», lo que sí es cierto es que no siempre se ajustan entre sí las definiciones y los argumentos dados por los teóricos.

Raramente se encuentran en la literatura enumeraciones de estos movimientos que aspiren a ser completas. Cuando los autores hablan de *los* NMSs se están refiriendo en todos los casos, sin intención ordinal por mi parte, al pacifista, al ecologista o de protección del medio ambiente (natural y urbano), al antinuclear (incluido en los dos anteriores, pero objeto de atención diferenciada por su importancia) y al feminista (y/o de mujeres). La tipología no suele ser tan reducida; más allá de esta enumeración, sin embargo, no sólo no hay un consenso, sino que incluso hay disenso respecto de la inclusión o no de determinadas acciones colectivas de protesta: según autores, deben considerarse también NMSs el estudiantil, por la liberación sexual, de consumidores y usuarios de servicios, pro-derechos humanos (en lucha por la protección de la identidad y de la dignidad, así como por el tratamiento equitativo de quienes se definen por su ideología política, edad, raza, lengua, religión y/o sexo, que incluye la lucha contra la discriminación tanto de la mujer frente al hombre como de los homosexuales frente a los heterosexuales), contraculturales, por cuestiones de sanidad y salud, alternativos propiamente dichos (propugnan o se empeñan en formas

(9) Kuechler y Dalton los conciben como «una parte significativa de la población que plantea y define intereses que son incompatibles con el orden social y político existente, y que defiende esos intereses por vías no institucionalizadas, invocando potencialmente el uso de la fuerza física y/o de la coerción. En este sentido del término —especifican—, un movimiento social es una colectividad de *personas* unidas por una creencia común (ideología) y por la determinación de desafiar el orden existente en pos de los objetivos implícitos en esa creencia fuera de los cauces institucionalizados de intermediación de intereses» (1992, 374. *Vide idem*, 389; Offe, 1988, 176; Scott, 1990, 6).

(10) Scott ha negado que se trate de movimientos «monotemáticos»; según él, no se organizan en torno a una única cuestión, sino en torno a una amplia variedad de cuestiones relacionadas con un gran tema (paz, medio ambiente, etc.) o con un gran interés (mujeres, negros, etc.). Ve difícil, sin embargo, la diferenciación entre estos movimientos y los grupos de interés (1990, 26).

(11) Justifica su conclusión con la *irracionalidad* que según él caracteriza estos movimientos (Eder, 1985). Pienso que los autores de esta escuela científico-social no admiten tal análisis, pero, como he indicado, el debate no se plantea. Refiriéndose a los movimientos pacifistas, Melucci sostiene que no se trata realmente de un *movimiento*, sino, dada su falta de unidad analítica, de *movilizaciones* (1985, 802). A lo largo de mi estudio desestimaré estas consideraciones por no ser aceptadas por los autores cuyas investigaciones aquí sistematizo.

«alternativas» o «comunitarias» de producción y distribución de bienes y servicios; *vide v. gr.* Koelble, 1991, 231-232; Schmitt-Beck, 1992, 359), vecinales, de *ocupas* («urban squatters movement»). La relación se hace tan extensa que algún autor ha afirmado que, en vista de la falta de claridad conceptual que se vislumbra, los *nuevos movimientos sociales* no son más que una invención de los científicos sociales (Stöss, 1984, en Schmitt-Beck, 1992, 357).

Sí es objeto de reflexión explícita y de análisis clarificador lo acertado o no de considerar que toda esta diversidad y heterogeneidad de movimientos pertenece a una categoría específica, es decir, si tienen algo más en común que ser «extremadamente contemporáneos» (Scott, 1990, 14) y occidentales. No se establecen diferencias importantes entre los distintos tipos más allá de las derivadas del tema que los caracteriza y de las causas específicas inmediatas que pudieran haber desencadenado acciones concretas. Las «características típicas ideales» (Offe, 1988, 177) o «family resemblances» (Scott, 1990, 15) (12) son observables si se atiende a las ambiciones o demandas, valores o ideologías, formas de acción, organización y actores de los movimientos (*vide infra*). Corroborra esta homogeneidad asimismo el hecho de que existe una propensión diferencial a considerarse partidario de más de un movimiento social (*vide v. gr.* Kaase, 1992, 123); la estrecha afinidad y transferibilidad de esfuerzos, apoyos y recursos que se produce entre distintos movimientos, o, como ha indicado Wilson, que un movimiento particular, el de los verdes alemanes, aparezca como «la voz oficiosa de todos los NMSs, y no sólo de los ecologistas» (1992, 118).

NOVEDAD DE LOS NMSs

Como indiqué más arriba, el adjetivo «nuevos» ha sido y es el de mayor aceptación no sólo en el ámbito académico, sino también en el de la opinión pública para referirse a estos movimientos. Aunque no siempre explícita y sistemáticamente, la mayoría de los estudiosos que centran en ellos sus investigaciones se preocupan de justificar su utilización. Es al hacerlo cuando estos autores dan verdaderamente una definición, extensa por tanto, del fenómeno; al mismo tiempo ratifican la afinidad argüida entre los distintos movimientos. En la literatura se encuentran asimismo matizaciones y críticas a la idoneidad del adjetivo, a su «significación teórica específica» (Kaase, 1992) (13).

(12) Kuechler y Dalton, por referir otro ejemplo, afirman que todos estos movimientos son «metamorfosis diversas de un solo movimiento, que cabe llamar 'alternativo'» (1992, 400).

(13) Las críticas se sustentan muy a menudo sobre interpretaciones que no siempre se adecúan a los argumentos de los estudiosos. En cualquier caso, la inexistencia de un consenso respecto del tema permite una heterogeneidad analítica tal que difícilmente puede negarse la razón a ningún autor concreto. En este epígrafe me propongo enumerar algunos de los factores más importantes con que se defiende la novedad de los movimientos sociales contemporáneos (*v. Dalton et al.*, 1992, 29 ss.; Kuechler y Dalton, 1992; Me-

De forma dicotómica, los autores entienden que, frente a la seguridad de la propiedad privada, el crecimiento económico y el progreso material, el consumismo, la manipulación política, el control social, la burocratización y la centralización —entre otros valores de la modernización criticados y repudiados por los nuevos colectivos—, se impone la exigencia por, para y entre las personas de mejor calidad de vida, autonomía, identidad, integridad, igualdad, participación, solidaridad, paz. Para la mayoría de los investigadores, los valores de los nuevos movimientos no son *nuevos*, y en consecuencia no son en sí mismos un factor diferenciador respecto de unos supuestos *viejos* valores (14). La novedad reside en el énfasis y la urgencia que cobran (Offe, 1988, 177), en su carácter universal (15) y, sobre todo, en la oposición que se produce ahora entre la «sociedad más amplia» y «los planteamientos de racionalidad económica y política que hacen las instituciones» (*id.*, 213), ya que estos planteamientos, que antes eran esperanzas de un futuro mejor, ahora son «promesas incumplidas y efectos perversos» (*id.*, 218) (16). En otros términos, lo que actualmente se plantea no es un *cambio*, sino una *selección* de valores, y se plantea porque la sociedad ha experimentado una «percepción cognitiva de los choques y las contradicciones [la dicotomía antes referida] dentro de la constelación moderna de valores» (*id.*, 214-5). No se trata de una crítica de lo moderno, sino de una «crítica *moderna* de la modernización» (*id.*), de una «*radicalización selectiva de valores 'modernos'*» (*id.*, 218), y en este sentido también son nuevos los movimientos sociales contemporáneos. Jean L. Cohen lo define como «radicalismo autolimitante» (*self-limiting radicalism* [1985, 664]); al enfatizar la integración virtual en la sociedad existente, Cohen pretende evitar que se interprete la crítica como revolucionaria (v. *id.*, 667-70) (17).

La crítica de la modernización no es romántica ni reaccionaria; los participantes en estos movimientos, nuevas clases medias mayoritariamente (*vide infra*), no pretenden volver a ninguna sociedad pasada, sino, pragmáticos como son, aprovechar los avances científico-técnicos, económicos y políticos propios de la modernización,

lucci, 1994). En modo alguno puedo ser exhaustivo ni evitar la susceptibilidad de la crítica, tanto por el motivo argüido como por la limitación física que me impone la extensión aconsejable de un artículo.

(14) Offe afirma en este sentido que «[t]odos estos valores y normas morales propugnados por los mantenedores del nuevo paradigma político están firmemente enraizados en las filosofías políticas (así como en las teorías estéticas) *modernas* de los dos últimos siglos [humanismo, materialismo e ideas emancipatorias de la Ilustración], y han sido heredados de los movimientos progresistas, tanto de la burguesía como de la clase obrera» (1988, 213 y 214).

(15) Kucchler y Dalton consideran que, puesto que «hoy las amenazas a la supervivencia humana son universales (...), las preocupaciones básicas de los movimientos sobre el futuro coinciden con el interés del conjunto de la población» (1992, 377)

(16) Cohen lo ha expresado afirmando que los NMSs se hacen eco del «tema de la autodefensa de la «sociedad» frente al estado (y la economía de mercado)» (1985, 664).

(17) Como ha indicado Raschke, frente a los movimientos sociales de épocas anteriores, los nuevos se orientan más hacia los valores culturales (humanistas) que hacia el poder (1985, 109-16, en Kaase, 1992, 127).

y de los que ellos tienen buen conocimiento, para mejorar la vida de todas las personas, aquí y ahora, en la dirección indicada por los valores que profesan. Para Schmitt-Beck, es precisamente este carácter profundamente contemporáneo, el ser una consecuencia del principal problema de su período (*vide infra*), lo que hace *nuevos* a los NMSs (1992, 361) (18). Kuechler y Dalton enfatizan más el compromiso activo (1992, 377-8).

A pesar de la consideración clasista que se hace de los NMSs, ni feministas, ni ecologistas, ni pacifistas, ni ningún otro grupo se autoidentifica ni moviliza como clase. Se diferencian también en este punto, pues, de los movimientos de la izquierda tanto nueva como tradicional (Cohen, 1985, 667). Es más, el sujeto en cuyo nombre se movilizan tampoco es su clase, ni otra cualquiera, sino colectivos sociales que invalidan las fronteras clasistas: mujeres, homosexuales, negros, jubilados, etc., e incluso la humanidad como un todo (Scott, 1990, 29). En consecuencia, y en contraste con los movimientos tradicionales, «la política de la nueva clase media es típicamente una política *de* clase, pero no *en nombre de* o *en favor de* una clase» (Offe, 1988, 195).

Los autores entienden novedoso también el hecho de que estos colectivos no tienen nada que ofrecer a cambio de las demandas generales que plantean, salvo que se dé esta consideración a la restauración del orden social que desestabilizan con sus movilizaciones. En consecuencia, tampoco cabe la posibilidad de negociar de acuerdo a la lógica de los movimientos sociales *no nuevos*, tanto menos cuanto que los contemporáneos enfatizan la participación frente a la representación, la organización jerárquica y el mero interés por los resultados de las decisiones políticas (Cohen, 1985, 691-2; Scott, 1990, 153).

El hecho de que estos colectivos sociales que se movilizan vean amenazados sus «niveles mínimos de 'buena vida'» por «la ciega dinámica de la racionalización militar, económica, tecnológica y política, no contando además las instituciones dominantes con suficiente fiabilidad para evitar que se traspase el umbral del desastre» (Offe, 1988, 217), parece ser tanto la causa de la adopción como incluso de la legitimación del recurso (también) a métodos no convencionales de acción política. Lo novedoso tampoco está en los métodos (*vide infra*), sino en que recurran a ellos quienes tienen acceso a los convencionales (Marsh, 1977; Olsen, 1983; Berger, 1979, esp. 39-40).

Pese al esfuerzo analítico de los teóricos que defienden la particularidad de los NMSs, se evidencia, sin embargo, que no existe una discontinuidad clara y manifiesta respecto de los *viejos*, el más recurrido de los cuales es el movimiento obrero, seguido

(18) De esta forma responden a críticas como las de Eder, para quien no se trata sino de «una segunda ola de la protesta del 'hombre honesto' y de los 'demócratas radicales pequeño-burgueses' (...) que ha acompañado la modernización de la sociedad desde su inicio» (1985, 874), o las derivadas del análisis cíclico de Brand (1992; *cfr.* Kuechler y Dalton, 1992, 381 y ss.; Inglehart, 1992, 98-9).

por el campesino. Así lo reconocen más o menos explícitamente, y con mayor o menor énfasis (y satisfacción), los distintos autores (19). En cualquier caso, sí parece clara y manifiesta la especificidad de los NMSs, sustentada en la combinación de todas y cada una de las razones expuestas para considerarlos *nuevos*, y en consecuencia distintos (20).

EXPLICACIONES CAUSALES DEL SURGIMIENTO

Quizás una de las observaciones más fascinantes y estimulantes hechas por los científicos sociales es el grado relativamente alto de estabilidad que mostraron los sistemas de partidos en los países occidentales de la década de 1920 a la de 1960. Todo parece indicar que las divisiones sociales de los primeros tiempos y su traducción en sistemas de partidos mostraron una resistencia tenaz a desaparecer, pese a los considerables cambios técnicos y sociales que se iban produciendo (Lipset y Rokkan, 1967). El debate académico ha abordado posteriormente si las transformaciones operadas en las sociedades capitalistas occidentales (la modernización) ha debilitado, en qué medida y con qué consecuencias esta relación entre oposiciones o *cleavages* de clase y alineamientos políticos. Uno de estos efectos parecen haber sido los NMSs.

Por modernización se entiende el proceso de expansión de la urbanización, de las redes y medios de transporte, de la educación, de los medios de comunicación, del sector servicios frente al declive del primario y del secundario, etc., y más concretamente, por lo que se refiere al tema que nos ocupa, acaecido en Europa occidental después de la Segunda Guerra Mundial. Especial énfasis recibe en los estudios el desarrollo del estado del bienestar. Es de acuerdo con este esquema breve, poco explícito y enumerativo como los distintos teóricos se aproximan a la definición del concepto «modernización», de una forma por lo demás muy funcional o instrumental, adecuada a su modelo analítico (*vide v. gr.* Inglehart, 1977, 6 ss.).

Entre los sociólogos que más influencia han tenido en la interpretación de este cambio social como causa del surgimiento de los NMSs debe citarse a Inglehart. En gran medida una traducción con demostración empírica de la tesis de la sociedad post-

(19) Para Scott, «articulan nuevos temas [*issues*] y su base social reside en la clase media, pero no podemos caracterizarlos como *nuevos* de acuerdo al sentido implícito y explícito que se le asigna en gran parte del debate sobre ellos. Los nuevos movimientos son una continuación [*carry on*] del proyecto de los viejos movimientos en un aspecto básico: abren la esfera política, articulan demandas populares y politizan temas previamente confinados en el ámbito de lo privado» (1990, 155; *cfr.* Johnston *et. al.*, 1994, esp. 8-9 y 31-3).

(20) Ello no obsta para que la enumeración de razones pudiera incrementarse. Bastaría incorporar algunos de los aspectos que se abordan en los distintos epígrafes que siguen. No obstante, es en los puntos indicados en los que se pone el énfasis al hacer referencia a *la novedad de los NMSs*.

industrial de Touraine (1981), Inglehart (1977; 1991; 1992) afirma, desde un nivel de análisis micro, que los sistemas de valores de las democracias occidentales se están transformando como consecuencia del cambio social de materialistas (énfasis en el bienestar material y en la seguridad física) en *postmaterialistas*, que enfatizan la calidad de vida y la expresión personal (v. *ít.* Bauman, 1982; Dalton, 1988).

Lo que hace predominar los valores postmaterialistas no es la prosperidad *per se*, el nivel económico de los individuos y las sociedades, sino la sensación de seguridad que tienen los ciudadanos, lo que les permite preocuparse prioritariamente de temas *no materiales* (Inglehart, 1991, 62; v. Alonso, 1991 y 1992, 120 ss.). Se ha demostrado asimismo factor causal del crecimiento de los nuevos valores, y en consecuencia de los NMSs, la redefinición de la enseñanza como bien público al alcance de todos los ciudadanos (marginación aparte) a un coste bajo o nulo (dejando de lado las diferencias de aptitud), tanto más cuanto que al ensancharse la base cognitiva de las sociedades se favorece la capacidad de reflexión y crítica, e incluso la búsqueda de alternativas de representación de intereses y de participación. Por ahora, el viraje de la opinión pública hacia valores «postmaterialistas» está bien documentado para la mayoría de las democracias industriales, pese a significativas variaciones nacionales (21).

Otros autores se aproximan a la modernización enfatizando las contradicciones o los problemas no resueltos que detectan en ella como desencadenantes del surgimiento de los NMSs (v. Schmitt-Beck, 1992, 360 ss.). Se trata de estudios estructurales o funcionales, y más teóricos que empíricos, que enriquecen el modelo anterior a partir de la crítica del mismo. Para Habermas (1973; 1981; 1987), los NMSs son indicadores de la *crisis de legitimidad* de lo que prefiere denominar *capitalismo avanzado*. Al objeto del estudio que nos ocupa, los NMSs serían consecuencia de la *crisis de legitimidad* del *capitalismo avanzado*. Hirsch (1988) lo expone en términos de una crisis y transición del capitalismo fordista imperante en Europa occidental desde la Segunda Guerra Mundial. Los teóricos de este modelo entienden que los movimientos contemporáneos son reacciones contra los valores materialistas, tanto porque éstos son negados en sí mismos en beneficio de los postmaterialistas (independientemente de cómo los adjetiva cada autor) como por la lógica de destrucción universal a que conducen. Como indicara Berger en relación a los NMSs (ella se refería concretamente a las movilizaciones de los sesenta),

«de lo que parecía tratarse es de una explosión de duda acerca de la cualidad y la dirección de la vida en las sociedades industriales. (...) No era una pro-

(21) Para Johnston y otros (1994) las transformaciones estructurales propias de la sociedad postindustrial no son razones suficientes, sino en todo caso necesarias, para explicar el surgimiento de los NMSs. A su entender, éste se da como resultado de una intersección de varios factores, entre los que hay que contar la «búsqueda de identidad» propia de la mayoría de los integrantes, jóvenes, de los movimientos contemporáneos, que cierta y adicionalmente se encuentran liberados respecto de preocupaciones materiales inmediatas.

testa contra el fracaso del estado ni de la sociedad en la consecución de crecimiento económico o en la provisión de prosperidad material, sino contra (...) el precio de su triunfo» (1979, 32).

Kuechler y Dalton (1992, 385), en un esfuerzo integrador de los distintos argumentos, afirman que los NMSs no son un mero reflejo de la abundancia general y del consiguiente auge de las ideas participativas de democracia, en alusión explícita a Inglehart, sino también una respuesta racional a una situación histórica caracterizada por la existencia de serios problemas respecto del futuro de los países industrializados avanzados en general (crecimiento económico, uso de los recursos naturales) y respecto del papel de las democracias occidentales en la política mundial (mantenimiento de la paz, distribución de la riqueza) (v. Offe, 1988, cap.7, esp. §6).

Como indicaré más abajo, Offe sostiene que se constata también la participación de grupos «desmercantilizados» en los NMSs. Las razones por las cuales optan por esta forma de movilización son distintas de las esgrimidas respecto de las nuevas clases medias: están excluidos de las formas de participación en la sociedad y en la política, no tienen autonomía personal para determinar sus condiciones de vida y tienen suficiente tiempo libre (1988, 216). Tanto estos sectores sociales como los de la «vieja clase media», también movilizada, reaccionarían con sus acciones, no por los posibles riesgos y efectos perniciosos del proceso de modernización técnico, económico, militar y político, sino por ser víctimas virtuales (y fácticas) de los mismos (*id.*, 228).

Al margen de los dos grupos sociales añadidos por Offe a las nuevas clases medias, la aparición de nuevos grupos sociales con nuevos valores y nuevas demandas, la posesión de las *habilidades* requeridas para afrontar las actividades políticas en una sociedad compleja (22) y/o la consciencia de las contradicciones negativas de la modernización no son causas suficientes que expliquen el surgimiento de NMSs. Se requiere también la insatisfacción de las reivindicaciones e inquietudes, una causa que no por obvia deviene baladí. Algunos teóricos han resaltado efectivamente que el surgimiento y desarrollo de los movimientos contemporáneos se ha debido a que las instituciones de intermediación de intereses del sistema (parlamentos, medios de comunicación y sobre todo los partidos políticos) han descuidado las nuevas demandas planteadas desde la sociedad (Berger, 1979; Lawson, 1988; Scott, 1990). Los NMSs, en consecuencia, se han convertido en los instrumentos alternativos de agregación e integración de intereses y demandas. Adicionalmente, el énfasis en la participación, autonomía, autorrealización, descentralización, etc., son

(22) Para Inglehart, los problemas objetivos, las redes organizativas y los valores no son suficientes para causar la emergencia de los NMSs. Se debe dar además la circunstancia de que algunas personas posean las *habilidades* indicadas, es decir, que hayan experimentado una «movilización cognitiva» (1992, 71-2; v. 1977, cap. 11).

elementos añadidos al distanciamiento de los nuevos colectivos respecto del sistema político vigente (Offe, 1987).

Salvo por lo que respecta a autores como Offe y a cuestiones como la acabada de plantear, los sociólogos han desestimado en gran medida —al menos de una forma sistemática y sistematizada— la influencia de los factores políticos, tanto en la determinación del surgimiento como del desarrollo de los NMSs. Los científicos políticos han venido a cubrir este vacío analítico con el modelo teórico del «proceso político», y más concretamente con el concepto «estructura de oportunidad política» (v. Kitschelt, 1986; Kriesi *et al.*, 1992). Así, los autores comienzan a considerar como elementos también explicativos del surgimiento de los NMSs, pero sobre todo de su dinámica (*vide infra*), los sistemas electoral y de partidos, el grado de centralización de las instituciones, la política estatal de subsidios a los partidos con representación parlamentaria, etc. (23).

Relacionado con los puntos anteriores, Scott sostiene (1990, 144 ss.) que las prácticas neocorporativistas de toma de decisiones políticas incentivan aún más el surgimiento de los movimientos contemporáneos, ya que, si bien es cierto que se trata de un sistema que potencia la negociación entre distintos interlocutores, también lo es que la participación, elitista, está restringida a determinados actores (organizaciones empresariales y sindicatos). En consecuencia, por una parte se habría producido en estos sistemas una desnaturalización del parlamentarismo y, así, de la representación ciudadana; por otra, se habría acentuado la marginación de las nuevas demandas planteadas. De nuevo como con el aspecto anteriormente expuesto, se llega a la conclusión de que los NMSs son la forma de protesta de quienes, nuevas clases medias sobre todo —cuantitativamente crecientes—, no se ven representados ni defendidos en las instituciones democráticas, a diferencia de los trabajadores de los sectores primarios y secundarios, que decrecen en términos cuantitativos (*vide Offe*, 1988, 197). La crítica del neocorporativismo afecta a otros aspectos adicionales que no pueden dejar de ser mencionados por su directa influencia en el tema que en este epígrafe nos ocupa: acentúa el énfasis en el crecimiento económico como objetivo, facilita la corrupción y se desestiman los efectos agresivos de las medidas adoptadas sobre el medio ambiente (24).

(23) *Vide* Kriesi y Praag (1987, 320-3). Esta revisión crítica y constructiva de la literatura ha permitido que casos como el británico dejen de considerarse excepcionales en cuanto a la presencia de la *nueva política* para serlo tan sólo por no haber conocido importantes movilizaciones postmaterialistas (v. Wilson, 1992). Con el mismo planteamiento introduce Ladrech el estudio de la escasa relevancia de los NMSs en Francia durante los años setenta y ochenta; su conclusión es que, pese al desarrollo de las orientaciones postmaterialistas, dos factores determinantes son el sistema electoral y los esfuerzos del partido socialista por captar los votos de este electorado de la *nueva política* (1989).

(24) El análisis comparativo realizado por Wilson (1992) entre distintos países occidentales ha demostrado, *sin embargo*, que no existe una relación clara entre la fuerza o debilidad de las prácticas neocorporativistas y la emergencia de los NMSs. No por ello infravalora la importancia de otros actores po-

Melucci ha señalado asimismo la necesidad de atender a las causas de coyuntura que explican por qué en un determinado momento se movilizan unos determinados grupos en contra, por ejemplo, de una determinada decisión política (1985, 801-3). Vendrían a ser lo que Inglehart denomina «factores de situación a corto plazo» (1992, 83) (25).

BASE SOCIAL DE LOS NMSs

Más arriba he hecho referencia en distintas ocasiones a los colectivos sociales que se vienen movilizandando por las causas expuestas en el apartado anterior. No obstante, la importancia concedida a tales sujetos en la literatura sobre los movimientos contemporáneos aconseja un tratamiento separado de los mismos.

Pocos son los autores que diferencian distintos niveles de participación. Es el caso de Kuechler y Dalton, para quienes debe distinguirse entre «miembros activos», con sus creencias compartidas, unidos por un *vínculo ideológico* (*vide infra*), y el sector más amplio de los «simpatizantes» (1992, 374) (26). Ellos mismos reconocen sin embargo el carácter eminentemente conceptual de esta diferenciación, habida cuenta de lo difícil que es operacionalizarla. No hay criterios formales para la pertenencia a un movimiento (por ejemplo, el pago de cuota) ni indicadores únicos de comportamiento, y la línea de deslinde entre los papeles de los *líderes* formales y de los demás *miembros* está en gran medida desdibujada y es, en cualquier caso, transitoria (Offe, 1988, 178). Ser un miembro activo además no es un rol social excluyente; los miembros del núcleo activo pueden ocupar también posiciones en organizaciones establecidas o utilizar otros cauces de intermediación de intereses. Por otra parte, afirman también Kuechler y Dalton, el *vínculo ideológico* no puede quedar suficientemente de-

líticos: fuerza y adaptabilidad de los organismos representativos tradicionales, naturaleza de la coalición gobernante, etc.

(25) No debe confundirse con los «problemas objetivos», que Inglehart entiende en términos generales —tal y como se veía al principio de este epígrafe—, no concretos: «la degradación del medio ambiente, la explotación de la mujer, la frialdad e impersonalidad de la sociedad industrial o el peligro de guerra» (1992, 71 y 83). En cualquier caso, Inglehart entiende que «[c]onsiderando aisladamente todos los actores, la presencia de valores materialistas o postmaterialistas resulta ser el que influye más en la decisión de un individuo determinado de dar apoyo a los nuevos movimientos sociales» (1992, 98).

(26) En otra parte de su trabajo distinguen entre el «núcleo de activistas», quienes «participan en las actividades del movimiento» y los que dan su «apoyo» (Kuechler y Dalton, 1992, 401). Inglehart establece una escala de proximidad a los NMSs, que va, en el lado positivo, de «aprobación general» a «conducta efectiva» (gente que ha entregado al movimiento mucho tiempo y dedicación), pasando por «intenciones de conducta» (1992, 85 ss.). No obstante, su verdadera preocupación no es ver los distintos grados de participación, sino demostrar cómo lo que la determina en última instancia son los valores postmaterialistas que han de tener los individuos. Kriesi y Praga (1987) distinguen entre el «núcleo» (*core*) de los NMSs, los «participantes» (*grass-roots participants*) y los «simpatizantes».

terminado por una clasificación estadística de las respuestas a una lista de preguntas de una encuesta. Estas constricciones llevan a los autores a optar por fórmulas neutras —analíticamente confusas desde mi punto de vista— como las de «adherentes» o «partidarios» (Kaase, 1992), o simplemente hablan de «los movimientos», como si de un actor social no diferenciado internamente y con voluntad se tratara.

La mayoría de los investigadores parece concordar en que el núcleo más activo se recluta, sobre todo pero no exclusivamente, entre los miembros más jóvenes (menores de 35 años) y con formación preferentemente universitaria de las nuevas clases medias, con una seguridad económica relativa y que trabajan en sectores «no productivos» de servicios personales y/o en el sector público (v. Inglehart, 1992). Ofte les añade a estos «radicales de la clase media» elementos de otros grupos y estratos, con los que tienden a formar una alianza más o menos estable: la «vieja clase media» y una categoría de la población que denomina «periférica» o «desmercantilizada» (1988, 195), formada por personas «al margen del mercado de trabajo o en una posición periférica respecto a él» (*id.*, 181), esto es, amas de casa de clase media, estudiantes de enseñanza media y universitarios, pensionistas y jóvenes en paro total o parcial (v. *id.*, 194 ss.) (27). En cuanto a las mujeres, se detecta un menor porcentaje de «no adherentes» que entre los hombres, al parecer debido a un mayor rechazo de la política convencional por parte de aquéllas, tanto por su menor grado de instrucción en general como por el carácter *masculino* que le critican a la *política* (Kaase, 1992, 133).

Ahora bien, la base social no es firme ni está perfectamente definida. Esta apreciación desmiente el carácter clasista que le imputaban Cotgrove y Duff (1980). Aludiendo directamente a ellos, Bagguley ha afirmado que no es que los NMSs estén sola ni exclusivamente orientados hacia y por los intereses de las clases medias, sino que éstas suelen ejercer un papel de liderazgo (1992, 27).

Cabe señalar asimismo el carácter relativamente fluido o volátil de la pertenencia a los NMS, de tal manera que sus miembros se movilizan y desmovilizan al albur de los cambios en el contexto político o en las circunstancias personales. Por añadidura, la semejanza *estructural* en cuanto a composición humana de los distintos movimientos (edad, educación, preferencias temáticas y en cuanto a partidos políticos, escala de valores, autodefinition ideológica) indica, a juicio de los autores, que existe una reserva de personas de mentalidad parecida que pueden ser captadas para las actividades de los movimientos mediante sus propias redes y organizaciones (Dalton *et al.*, 1992, 32; Kaase, 1992, 130).

En términos ideológicos, medidos por autodefinition a lo largo de una escala que

(27) Entiendo que la introducción de la «vieja clase media» de tenderos, campesinos independientes o artesanos *estalla* en contradicción, o al menos no en armonía, con aquellas investigaciones en las que se observa en el reverso de la aparición de las «nuevas clases medias funcionales» el declive de las «clases medias patrimoniales», basadas en la pequeña propiedad (v. Alonso, 1992, 121-2).

va de izquierda a derecha, parece confirmarse que la cercanía a los NMSs coincide fuertemente, con pocas excepciones, con el sector izquierdista del espectro político (28). Inglehart ha demostrado que la autoubicación ideológica en el sector indicado tiene influencia para determinar la aprobación general de los NMSs y la *voluntad* de ser «miembro» o «pertenecer activamente», pero no para serlo (1992, 85-7).

FORMAS DE ACTUACION

Las formas de protesta practicadas por estos colectivos sociales no reciben atención especial por parte de los autores, que en muchos de sus trabajos ni siquiera las refieren. A continuación presento cómo se aproximan a tales contenidos quienes lo hacen.

Las más utilizadas son aquellas que tratan de movilizar a la opinión pública y de atraer su atención con métodos legales (las más de las veces), frecuentemente no convencionales, basados en la acción directa (v. Koopmans, 1993). Sus acciones tienen como primer objetivo impactar lo suficiente como para conseguir la atención de los medios de comunicación. En última instancia, de lo que se trata es de influir en las decisiones políticas sin comprometerse directamente con la actividad política convencional, sin participar en comisiones gubernamentales ni en actividades oficiales de tipo normativo que puedan obligarlos a transaccionar.

Los NMSs han sido muy hábiles y obtenido muchos éxitos, esto es, han conseguido ver satisfechas gran número de sus reivindicaciones, utilizando espacios públicos y medios de comunicación *externos* a las instituciones centrales del sistema político. De entre los espacios públicos que usan o crean los movimientos contemporáneos destacan los foros en que se muestran el arte, la ciencia y los deportes. Los caracteriza igualmente la importancia de las redes de cooperación y de las alianzas *ad hoc* que se dan entre distintos movimientos. Los choques violentos con las autoridades no son una parte esencial de las acciones a las que recurren; de hecho, la violencia suele surgir como consecuencia de la agresión policial. Sí abunda, por el contrario, el recurso a acciones espectaculares (bien por la cantidad de personas que participa, bien por la calidad de la acción) y a la desobediencia civil.

Según Offe, las propias razones que explican el surgimiento de los NMSs justifican e incluso legitiman el uso de «*modos* de actuación no convencionales» (1988, 217): por una parte, porque por encima de la fidelidad formal hacia cualesquiera «reglas del juego» está la lucha por la vida y la supervivencia, en peligro; por otra, debido a la rigidez que se observa y critica en los mecanismos institucionales para de-

(28) Estudio comparativo realizado por Watts a partir de los datos aportados por las encuestas del *Eurobarometer* entre 1982 y 1986 respecto de los movimientos conservacionista, ecologista, antinuclear y pacifista (1987, en Kaase, 1992).

techar y absorber los problemas de las sociedades industriales avanzadas. Afirma asimismo que un tercer factor que ha facilitado la utilización de «formas no políticas ajenas» ha sido el fracaso en la construcción de «formas políticas» propias (*id.*, 224). Para Brand (1982), entre otros autores, la adopción de tales métodos es una consecuencia de la marginación de estos movimientos respecto de las instituciones políticas del sistema debida a sus lazos ideológicos populistas y a su postura de oposición radical. Con respecto a la elección del término, Schmitt-Beck duda de lo apropiado que pueda ser denominar «no convencional» lo que es una forma de actuación tan extendida, por lo que prefiere hablar de acciones «no institucionalizadas» (1992, 371-2).

Dada su debilidad organizativa, el éxito de las movilizaciones contemporáneas y de la persistencia de los movimientos depende directamente de sucesos coyunturales que ocurren en su entorno social. De ahí que los movimientos sociales hayan tratado a menudo de superar esta dificultad definiendo ciertas fechas como ocasiones de acción colectiva: el día de la mujer, las marchas de Pascua del movimiento europeo por la paz a finales de los cincuenta y principios de los sesenta, etc. (29). En gran medida como sustituto de las fechas, también se ha atribuido a ciertos puntos en el espacio una significación simbólica para hacerlos focos de la acción colectiva: casas ocupadas en Alemania, zonas de remodelación urbanística, centrales nucleares, nuevos aeropuertos, bases de la OTAN (Offe, 1988, 221-2).

Van acompañadas por reivindicaciones que se articulan casi siempre en formas lógicas y gramaticales negativas, como indican palabras clave como «nunca», «en ningún lado», «fin», «cierre», «fuera», «parar», «congelar», «prohibición», etc. Las tácticas y las reivindicaciones de la protesta indican que el grupo de actores movilizado (real o potencialmente) no se concibe a sí mismo como un grupo integrado organizativa ni ideológicamente, sino más bien como una alianza de veto, *ad hoc* y a menudo monotemática, que deja un amplio espacio para una amplia diversidad de legitimaciones y creencias entre los que protestan. Enfatizan los autores asimismo el carácter innegociable y de principio con que plantean sus reivindicaciones, sea debido o no a su debilidad organizativa.

La formación de los participantes, pero sobre todo de los más activos (independientemente de que se trate de dirigentes formales o no), permite a los NMSs recurrir a menudo a su habilidad cognoscitiva y a herramientas intelectuales (tales como evaluaciones tecnológicas, pronósticos sociales y económicos, aplicaciones ecológicas y estratégicas de análisis de sistemas, empleo sofisticado de tácticas legales, etc.) para defender sus planteamientos. Es decir, también recurren, de manera muy flexible, a formas de acción política convencionales y «más prosaicas» (Kuechler y Dal-

(29) Offe (1988, 221) añade asimismo el 1º de mayo y las huelgas de Solidarność en Polonia en 1982, pero no queda claro si al hacerlo se está refiriendo a los movimientos sociales en general o a los NMSs en particular.

ton, 1992, 387), incluidas actividades de presión en los parlamentos y en las antenas de los ministerios, reuniones educativas, conferencias, pase de películas, organización de tareas sociales, etc. (30).

Se ha constatado también, como desarrollaré más abajo, que ninguna de las formas de actuación expuestas hasta ahora ha llegado realmente a sustituir, salvo coyunturalmente, a la participación en organizaciones de representación de intereses, tal y como evidencian las cifras de participación en las actividades de sindicatos, iglesias y partidos políticos (Kriesi y Praag, 1987). Estos autores resaltan asimismo, también con respecto a las (algunas) organizaciones institucionalizadas de intermediación de intereses, que colaboran en la coordinación y organización de acciones colectivas, sobre todo cuando no se desarrollan en ámbitos locales, sino regionales, nacionales e incluso supranacionales.

IDEOLOGIA DE LOS NMSs

El componente ideológico es uno de los elementos que a juicio de los autores más importancia tiene en la explicación de los NMSs. Tanto es así que incluso parten en muchas ocasiones de su ausencia analítica en el modelo de la movilización de recursos para justificar la formulación necesaria de una perspectiva superadora de las deficiencias de aquél. También rechazan los postulados centrales de la perspectiva psicológico-social, ya que la enajenación que los miembros de los movimientos contemporáneos sienten respecto del sistema y la rebeldía a que los mueve no desemboca necesariamente en frustración y agresividad, pues, afirman, el vínculo ideológico les proporciona una base firme y una razón de ser. No obstante, entiendo que no ha habido un esfuerzo por sistematizar la o las ideologías del o de los NMSs. Es más, ni siquiera se parte de una definición de *ideología* que ayude al lector, científico social o no, a tener conciencia precisa de la cuestión que se está abordando. En la literatura sobre los NMSs parece entenderse que *ideología* es todo: valores, estrategias y casi hasta actores. Inglehart es de los muy pocos autores que se detienen en este tema. Para él,

«[l]a frontera entre una ideología y un sistema de valores no siempre está claramente delimitada; ambos son sistemas de creencias que pueden orientar coherentemente hacia una entera gama de cuestiones concretas. Pero el término 'ideología' suele entenderse como un conjunto de pautas de acción propagadas por algún partido o movimiento político, que son asumidas conscientemente

(30) *Vide* Rochon (1992), Gelb (1992), Rucht (1992), Kitschelt (1992) y Klandermans (1992). Recibe una especial atención la estructura de oportunidad política como factor discriminante de las distintas formas de acción que pueden darse y de hecho se dan.

a partir de una doctrina explícita. Un 'sistema de valores', en cambio, se asimila en el proceso de socialización de cada individuo, particularmente en los primeros años de su vida. Una ideología puede abrazarse o rechazarse de un día para otro mediante la persuasión racional. Los valores son menos cognitivos pero más eficaces, y tienden a ser relativamente duraderos. Pueden motivar a las personas para que adopten una u otra ideología. Las ideologías no están necesariamente ligadas a diferencias entre generaciones, a menos que éstas reflejen diferencias en los valores subyacentes» (1992, 71-2; v. 75).

Johnston y otros (1994, 23 ss.) dan más importancia al proceso de formación de identidades colectivas, del cual forma parte la codificación como ideología de las reivindicaciones, demandas y propuestas de cambio; en el desarrollo, sin embargo, se limitan a analizar estas últimas. Para Kuechler y Dalton cabría hablar de movimientos «postideológicos», habida cuenta de la ausencia de una doctrina estricta (y de una organización jerárquica) (1992, 378). La ausencia de consenso académico en este punto se manifiesta hasta el extremo de que, frente a esta opinión de Kuechler y Dalton, Brand opina que los NMSs, por el contrario, han venido a desmentir el advenimiento defendido por algunos académicos del «fin de las ideologías» (1992, 45). Entiendo que el tema está lo suficientemente poco definido como para justificar la utilización de las cursivas al hacer referencia a la *ideología* de los NMSs. A continuación intento hacer una exposición del tratamiento que recibe por parte de estos autores (evitaré en lo posible la reiteración de argumentos ya desarrollados en epígrafes anteriores).

Una de las características que reconocen los teóricos a los movimientos contemporáneos, en sí misma definitiva de su novedad (*vide supra*), es su carácter básicamente social y cultural, no político. Es decir, los NMSs estarían más preocupados por cuestiones culturales y de participación, así como relacionadas con la calidad de vida, que por la *toma del poder* («seizure of power»; *cfr.* Scott, 1990, 16). Aunque no todos los autores lo exponen enfrentándolos a términos tan ambiguos y al mismo tiempo tan potencialmente revolucionarios, sí coincide la mayoría en que significan y resultan de una reacción contra la preeminencia del Estado burocrático impersonalizado y neocorporativista, así como del subsistema económico. Se ofrecen, pues, no como actores que buscan representación, sino como una alternativa que pretende conseguir una transformación de los estilos de vida, de los valores, de las identidades personales y de los símbolos, así como de las pautas de comportamiento y participación; con respecto a estas últimas, potencian asimismo las estructuras descentralizadas y rechazan vivamente la burocratización. Los movimientos contemporáneos adjetivan de autoritaria la democracia representativa, independientemente de que se refieran al funcionamiento del Estado o a la participación en organizaciones institucionalizadas. Su oferta es la participación real e independiente de todos los miembros, no jerarquizada, sin delegación de autoridad ni de autonomía. Por otra parte, los NMSs no se declaran contra el sistema

capitalista, sino contra el patriarcado político y cultural (feminismo), contra el dominio de los blancos (movimiento negro), contra la industrialización (ecologismo) y el crecimiento económico como meta, etc. Finalmente, cabe decir que los autores reconocen en los movimientos contemporáneos no sólo un instrumento para satisfacer sus reivindicaciones, sino un fin en sí mismos (Melucci, 1985, 812)

Como se deduce de la exposición, difícilmente puede diferenciarse lo social y cultural de lo político. Scott advierte en este sentido del carácter inevitablemente político de cualquier reivindicación que aspire a conseguir mayores cotas de libertad, autonomía, etc., para los individuos, ya que, adicionalmente, su satisfacción se alcanza mediante la oportuna legislación. Es más, utilicen medios convencionales o no, los movimientos contemporáneos se dirigen a los poderes institucionalizados para que les den respuesta (1990, 22 ss.). Surge por ello en la literatura el interrogante de si los NMSs son o no *antisistema*, es decir, si van o no contra los regímenes políticos vigentes y el subsistema económico en que éstos se insertan en los países occidentales en tanto que portadores de una estrategia política democrática y renovada que pudiese tener éxito donde los socialistas habrían fracasado, y si, en el caso de que la respuesta sea negativa, acabarán integrándose o no en el sistema.

Muchos dirigentes de organizaciones *contemporáneas* y, entre los académicos, tanto los estructuralistas —en gran medida por su posición favorable a los NMSs— como los *conservadores* (pluralistas), por todo lo contrario, entienden que los NMSs aspiran a crear sociedades alternativas y que en consecuencia son un desafío para el orden político y socioeconómico vigente (v. Wilson, 1992, 102-3; Dalton *et. al.*, 1992, 22). Para Offe, entre los estructuralistas o funcionalistas, «[e]l campo de acción de los nuevos movimientos sociales es un espacio de *política no institucional* cuya existencia no está prevista en las doctrinas ni en la práctica de la democracia liberal y del estado de bienestar» (1988, 174); en consecuencia, los NMSs *desafían* las formas institucionales (v. *íd.*, 188).

Una parte muy importante de los estudiosos entiende que esta visión de los movimientos contemporáneos los reduce a su expresión más *fundamentalista* y obvia las potencialidades integradoras que en ellos se detectan. Scott afirma, por ejemplo, que a pesar de su carácter tan aparentemente *antisistema*, los NMSs, sin embargo, son muy tolerantes en cuanto a las ideologías que profesan sus miembros, de tal manera que lo que en realidad produce las movilizaciones son cuestiones puntuales, de alcance las más de las veces local, y en consecuencia poco desafiantes en el sentido indicado (31). Para Scott, los NMSs son «agentes de cambio social» que se movilizan

(31) Offe también reconoce y atiende a la carencia de doctrinas ideológicas coherentes y sostenidas en principios. Entiende que tal carencia se debe tanto al pragmatismo de los miembros de los NMSs, que deviene tolerancia, como a su rechazo de las ideologías totalizantes. Para él, sin embargo, no por ello dejan de ser un desafío al sistema: lo que ocurre es que se acentúa su carácter presente fragmentario, *ad hoc* y poco eficaz (1988, 188 y 223-4).

por y contra las exclusiones a que da lugar el sistema, pero no agentes de «transformación social plena» (1990, 150). En la misma línea, Dalton y otros sostienen que

«[n]o se trata de un ataque revolucionario contra el sistema, sino de la reivindicación de que las democracias se transformen y adapten. El reto procede de individuos y de nuevos grupos sociales que reclaman de las democracias que abran la vida política a un conjunto de intereses más diversos y más vinculados a los ciudadanos» (1992, 19) (32).

LOS NMSs EN EL SISTEMA POLITICO: DINAMICA Y ORGANIZACIONES

Como he apuntado más arriba, y pese al rechazo tanto de *lo institucional* como de *lo institucionalizado*, del interior de los NMSs pueden surgir (y surgen de hecho) formas institucionales como grupos de presión y partidos políticos; además, los movimientos contemporáneos cooperan, no sólo entre ellos, sino también con las organizaciones e instituciones que los apoyan desde fuera y/o persiguen metas siquiera puntualmente conexas: sindicatos, iglesias y otros grupos religiosos, partidos políticos, etc. Como han indicado Kuechler y Dalton, « [l]os nuevos movimientos sociales pueden propugnar un nuevo paradigma social, pero no están totalmente aislados de otras articulaciones existentes en las sociedades industriales avanzadas» (1992, 387).

La existencia de vínculos políticos formales o informales con las organizaciones e instituciones establecidas y el recurso a actividades políticas convencionales no significa que los NMSs sean idénticos a los grupos de intereses y partidos políticos del sistema. Los NMSs son bastante amorfos, descentralizados y no jerárquicos; su liderazgo se constituye informalmente y se basa más en el carisma que en procedimientos formalmente definidos. Estas tendencias organizativas, que Offe denomina de «des-diferenciación» (1988, 178), especialmente acentuadas en los movimientos de ámbito vecinal o local, se aprecian incluso en los de ámbito nacional. Prefieren funcionar autónomamente como grupos locales de acción que como grupos de autoayuda. El referente negativo es siempre la *ley de hierro de la oligarquía* de Michels (1984). En muchas democracias occidentales los NMSs han llevado a la creación de nuevos partidos políticos, las más de las veces autocalificados «verdes» o «ambien-

(32) Se trata de la opinión más extendida. *Vide it. v. gr* Berger (1979), Melucci (1985), Cohen (1985, esp. 667-70), Koelble (1991), Kaase (1992, esp. 140), Brand (1992, esp. 50), Schmitt-Beck (1992). Como indiqué al tratar de la definición de «movimiento social», aceptada por los teóricos sin comprobación de su validez, difícilmente compatibilizan este argumento del carácter no antisistema de los NMSs y la definición aludida, tanto más cuanto que Kuechler y Dalton enfatizan: «Nosotros (...) estimamos que el término 'movimiento social' debería restringirse a los actores colectivos que tratan de *cambiar el orden social dado* (...)» (1992, 375; énfasis añadido).

talistas»; también han existido pequeños partidos de izquierda que han adoptado planteamientos de la nueva política (Müller-Rommel, 1992). La extensión a tales partidos de las características organizativas de los propios movimientos justifica para Kitschelt la denominación de partidos «libertarios» (1989) (33).

La relación entre estos partidos y los NMSs no es tan armoniosa como pudiera deducirse de estas líneas, pero sobre todo de la literatura; de hecho, algunos autores detectan o vaticinan un proceso de *independización* entre ambos sujetos (v. Schmitt-Beck, 1992, 374). Cabe decir, por otra parte y ahondando en la confusión imperante, que en ocasiones se hace difícil discernir si los investigadores se están refiriendo a los NMSs o a sus organizaciones. En su intento clarificador, Kuechler y Dalton afirman que los movimientos contemporáneos han debido afrontar un «dilema básico» entre fundamentalismo y pragmatismo (1992, 388). El dilema se manifiesta especialmente con respecto a la organización interna, ya que el énfasis en la apertura y la participación directa de los adherentes, así como el rechazo de la reglamentación burocrática de las conductas, van en detrimento de la eficacia y eficiencia del funcionamiento de las organizaciones y por tanto de la obtención de fines concretos.

La respuesta al dilema parece haber dado lugar a una «rutinización e institucionalización significativa» de los NMSs y de las nuevas organizaciones; los requerimientos de eficacia y efectividad parecen haber prevalecido (Brand *et al.*, 1983, en Koelble, 1991, 229 ss.). Según la literatura, han pasado a centrarse en cuestiones específicas y las más de las veces locales, al tiempo que han llegado incluso a organizar centros de investigación que son consultados por los responsables de la Administración pública. Aunque se ha impuesto por ejemplo la rotación de los cargos directivos, la competición electoral en que han incurrido muchos de estos partidos parece haber erosionado progresivamente el respeto a los principios originales, tanto más cuanto más éxito han tenido. No por ello se han transformado en partidos de todo el mundo (*catch-all*).

Pese a ser una constante de la literatura en todos los temas abordados hasta ahora, es quizás en éste en el que debe acentuarse la crítica de las conclusiones generales a que llegan muchos autores, ya que tienden a extender los resultados de sus estudios o conocimientos del caso alemán (antigua R.F.A.), frecuentemente del movimiento ecologista y del Partido Verde, a la totalidad de los NMSs y sus organizaciones (34). En este sentido, pienso que podría afirmarse respecto de la cuestión

(33) Los denomina exactamente partidos «libertarios de izquierda», ya que afirma que, además, están comprometidos con una regulación igualitaria. La fórmula de Kitschelt no es aceptada para la generalidad de partidos de los NMSs, si bien no se discute lo adecuado del análisis en los casos concretos del mismo (*vide* Riechmann, 1994). Scott sostiene que persisten como «partidos anti-partidos» (1990, 27) y que, dado su carácter organizativo abierto, informal, fluido, etc., más bien cabría hablar de «redes sociales» que de organizaciones propiamente dichas (*id.*, 30).

(34) En modo alguno debe generalizarse esta crítica a la totalidad de autores y estudios. Así, Schmitt-Beck hace alusión a aquellos trabajos que han detectado un mayor nivel de formalización y centrali-

más inmediata que estoy abordando, no tanto que se ha producido la institucionalización y rutinización apuntada, sino más bien que a lo largo del tiempo los NMSs se encuentran ante situaciones que hacen aflorar el conflicto entre fundamentalistas y pragmáticos (el «dilema»), y que éste se resuelve en función de determinados (y desestimados) factores, en los que a mi entender habría de adentrarse la investigación a fin de esclarecer la naturaleza de los movimientos contemporáneos y su posible efecto sobre el sistema vigente (*vide infra*).

La crítica formulada me permite pasar a otra cuestión: los vínculos de los NMSs con organizaciones externas. Utilizando el movimiento ecologista alemán como ejemplo, Scott (1990, 86 ss.) entiende que fundamentalistas y pragmáticos o realistas discrepan tanto respecto de la modalidad de organización y de la finalidad de la participación en política como en relación a una posible coalición con el partido socialdemócrata. En su estudio sobre las relaciones entre el movimiento pacifista holandés y los partidos políticos tradicionales, Kriesi y Praag afirman que aquéllas se dan especialmente en el ámbito nacional, en el cual la capacidad de movilización y coordinación de los movimientos contemporáneos es menor (1987, 323). No abundan, sin embargo, los estudios que atiendan a esta relación (v. Kaase, 1992, esp. 126), y los que lo hacen se centran mayormente en la medida en que los partidos políticos incentivan o dificultan el desarrollo de los NMSs según se muestren reacios o proclives a incorporar las nuevas demandas (*vide supra*). Las referencias al tema en el caso de un autor favorable a los NMSs como Offe (1988, cap. 7) son, como quizás cabría esperar, inexistentes. Respecto de otras instituciones enumeradas, como Iglesias o sindicatos, los autores no van más allá salvo en estudios monográficos aislados (v. gr. Kriesi y Praag, 1987).

La literatura sobre los NMSs desestima por lo general cualquier profundización analítica o descriptiva en las dinámicas internas de los movimientos contemporáneos que supere las cuestiones planteadas anteriormente respecto de su evolución; mucho menos abunda en las razones por las cuales se producen o pueden producir diferencias entre movimientos o países (35). Este *vacío* —no obstante las excepciones es-

zación entre los movimientos pacifistas que entre los feministas, aún más alto en el caso alemán (1992, 373); piénsese asimismo, por ejemplo, en Touraine, quien ha centrado la mayoría de sus análisis en el caso francés. Parecen prevalecer, sin embargo, opiniones como la de Wilson, para quien los verdes alemanes representan «la voz oficiosa de todos los nuevos movimientos sociales» (1992, 118). Kaase justifica las generalizaciones con y por la inexistencia de falta de datos sistemáticos que permitan comparaciones entre países, por una parte, y, por otra, afirmando que la experiencia alemana es el mejor ejemplo de un fruto sistemático de la evolución general de las democracias occidentales hacia sociedades postindustriales (1992, 125; *cfr. Dalton et al.*, 1992, 21-2).

(35) Autores como Offe ponen más el énfasis en la previsión de futuro. Así, afirma este teórico que los NMSs son una evidencia de que nos hallamos en una fase de «transición» hacia una sociedad transformada: la del *nuevo paradigma* (1988, esp. 181-5), pero no atiende a las dinámicas factuales internas de los movimientos (digo *factuales* porque sí ofrece «pronósticos bastante hipotéticos» de la posible evolución de los NMSs y, consiguientemente, de su «futuro impacto potencial» [*íd.*, cap. 7, § 7]).

grimibles— ha venido a ser suplido en gran medida por la perspectiva de la *estructura de oportunidad política*. Los autores han constatado de esta forma, por ejemplo, en qué medida la actuación de las autoridades políticas y policiales (represión vs. cooptación o facilitación), así como de los partidos políticos (rechazo, formación de coaliciones, etc.), determinan las distintas estrategias seguidas por los NMSs (confrontación, moderación, terrorismo, integración), tratados ya no como sujetos unívocos sino como una pluralidad heterogénea de miembros, a lo largo de su existencia (*vide v. gr.* Kitschelt, 1986; Kriesi *et. al.*, 1992; Koopmans, 1993). Sería de esperar también que los futuros trabajos atendieran al menos con cierto detalle a las relaciones entre los movimientos y sus propias organizaciones, en la línea avanzada recientemente por Klandermans (1992) y Rochon (1992). En este sentido, el libro colectivo editado por Dalton y Kuechler (1992) es un ejemplo que a mi entender debe ser seguido.

EFFECTOS DE LOS NMSs

Quisiera finalizar esta revisión y crítica de la literatura sobre los movimientos contemporáneos atendiendo a la incidencia que puedan tener o hayan tenido (estén teniendo) en las democracias occidentales, de capitalismo avanzado, y muy particularmente sobre los sistemas de partidos y sobre los procesos de decisión en los que intervienen los partidos políticos. No obstante las referencias colaterales que estime oportuno realizar a trabajos ajenos a esta corriente de investigación, el grueso del epígrafe concluyente sigue siendo aproximativo a la literatura específica que aquí trato, de tal manera que atenderé básicamente a la visión que de tales efectos tienen estos autores.

Inglehart ha constatado el viraje creciente de la opinión pública hacia valores «postmaterialistas» en la mayoría de las democracias occidentales, así como la fuerte correlación entre estas orientaciones y las actitudes hacia los NMSs y sus organizaciones. Deduce en consecuencia, y con él otros autores (*v.* Kuechler y Dalton, 1992, esp. 384 y 402-3), que aunque los NMSs como tales perderán impulso (debido al proceso descrito de institucionalización y rutinización), tendrán un impacto a largo plazo: sus objetivos serán asimilados por la masa mucho mayor y creciente de sus simpatizantes, que inyectarán en la sociedad un estímulo permanente a cambiar en el sentido marcado por los puntos de vista de los movimientos contemporáneos, de tal manera que se inicie una nueva era, (más) participativa, (más) democrática, menos o no discriminante, etc. Los análisis, pero no sólo los de los autores referidos, resultan en ocasiones subjetivos e incluso intencionados, cargados de deseo de triunfo de los NMSs.

A diferencia de los teóricos de las macro-teorías, que según Scott identifican los NMSs con un fin en lugar de con un medio, entiende este autor que la desaparición

de los NMSs —que, salvando las diferencias entre movimientos y países, se ha producido o se está produciendo vía integración en el sistema desde mediados de los ochenta— no es signo de fracaso, sino, por el contrario, de triunfo de los mismos; signo de que se ha conseguido la transformación que se buscaba: politizar los nuevos temas y darles cabida en el debate político institucional (1990, 150-2). Según Brand, «se impone una nueva normalidad» (1992, 46). De corroborarse estas apreciaciones habría acertado Suzanne Berger al predecir que «los gobiernos europeos occidentales y los partidos de oposición (...) poseen suficientes recursos —organizativos, ideológicos y materiales— para reconstruir sus puentes con la sociedad» (1979, 27-8; v. IV-V). Tampoco se confirma la tesis de la deslegitimación del sistema (v. Kriesi y Praag, 1987).

Desde mi punto de vista, tan desacertadas por imprecisas son estas conclusiones —que parecen reconfortarse en la paz y el orden social restaurados una vez los sistemas recuperan su *funcionalidad*— como las que hablan (desde la frustración muchas veces) de *fracaso* de los NMSs o, por el contrario, siguen depositando en ellos la esperanza de un cambio sustancial de los sistemas políticos de las democracias occidentales (idea de Offe de la «transición» entre paradigmas referida en el epígrafe anterior). Una visión intermedia es la que ofrece Melucci: para él, los sistemas de representación actual están incapacitados para adaptarse *plenamente* a las exigencias temáticas y actitudinales, así como de comportamiento, de los NMSs; en consecuencia, lo que ha ocurrido según este autor es que ha emergido un «*espacio público* intermedio» entre el Estado y la sociedad civil cuya función no es la institucionalización de los movimientos ni su transformación en partidos, sino hacer oír a la sociedad sus mensajes y hacer de éstos decisiones políticas sin que ello vaya en detrimento de su autonomía (1985, 815; v. 809 ss.; Kaase, 1992, 140-2) (36).

En cuanto al impacto de los NMSs a través de *sus* organizaciones políticas sobre el sistema establecido de partidos y sobre el orden político general (según la parte que representan del sufragio popular y la fuerza de su representación parlamentaria nacional), sólo los verdes alemanes obtuvieron resultados de cierto peso en los años setenta y ochenta. Aparte de Alemania, Bélgica, Holanda, Dinamarca y Suecia son los únicos países que caben ser mencionados por este concepto. De entre las distintas razones con que se justifican estos resultados, recogidas a lo largo del análisis que antecede, hay una que corresponde tratar aquí (en realidad se trata de una prolongación del epígrafe anterior): la competencia electoral por un mismo segmento de la

(36) A este respecto Offe entiende que los NMSs han obtenido «éxitos» *sustanciales* (de contenido de las decisiones políticas), *procesuales* (o de procedimiento) y *políticos*, de reconocimiento y apoyo (1988, 226). La conclusión de Kuechler y Dalton a este respecto es que «[n]o se vislumbran cambios drásticos inminentes en el orden político de cara al futuro inmediato, pero se ha catalizado un lento proceso evolucionista de adaptación: se promueve la estabilidad introduciendo cambios. (...) El resultado no intencional de asegurar la estabilidad a largo plazo del orden político puede acabar siendo el efecto más importante de los nuevos movimientos sociales de hoy» (1992, 403).

población entre partidos tradicionales y *nuevos*, cuya orientación ideológica ya he indicado que es de izquierda o centro-izquierda.

Algunos investigadores han interpretado que el auge del partido de los Verdes se debe a la creciente división interna del partido socialdemócrata entre los miembros tradicionales de la clase obrera, orientados hacia la actividad sindical (valores *materialistas*), y un número creciente de miembros procedentes de las nuevas clases medias, dotados de un nivel educativo más elevado, de orientaciones *postmaterialistas*; estas divergencias organizativas se manifiestan en los mismos términos en el electorado potencial del partido. La competencia electoral que surge entre el SPD y el Partido Verde sitúa a aquél, por la existencia de éste, ante el dilema de tener en cuenta o no las (algunas de las) nuevas demandas. Si bien esto no parece haber sido lo ocurrido en Alemania, sí es el caso de Francia y Gran Bretaña (ya referidos), así como de Italia y Estados Unidos, al margen de las peculiaridades de los sistemas de competencia electoral individualmente considerados (*vide* para referencias Kuechler y Dalton, 1992, 392-3).

Independientemente de los resultados electorales (las encuestas de opinión demuestran que la población es mayoritariamente reacia a dar su voto a estos partidos, pese a compartir sus inquietudes y reivindicaciones), tanto los dirigentes como las autoridades políticas son conscientes del apoyo popular de que gozan los NMSs y sus organizaciones, por lo que se constata una flexibilización de las posturas que busca hacerse con ese apoyo a través de decisiones y acciones políticas afines a algunos de los nuevos planteamientos (37). Aunque las diferencias son grandes entre países y las formas directas de contacto y cooperación parecen limitarse a la izquierda, ni siquiera los partidos conservadores pueden permanecer ajenos a cuestiones relacionadas con la protección del medio ambiente o la lucha contra la discriminación (sobre todo sexista). Para los autores considerados, esto es resultado de la acción de los NMSs (38). Entiendo que, sin desestimar esta hipótesis en modo alguno, debería contrastarse con la posibilidad (no excluyente ni única) de que la inclusión de los nuevos temas por parte de los partidos políticos y de los gobiernos no sea resultado de una estrategia calculada, sino de una transformación de los valores también de las personas que forman parte de estas instituciones; de confirmarse esta segunda hipótesis, habrá de considerarse asimismo la incidencia de los NMSs en la transformación indicada.

Al margen de decisiones políticas concretas —incluso de talantes gubernamentales— y de estrategias electorales, los NMSs en tanto que agentes movilizados pa-

(37) Para Inglehart, los partidos comunistas de los nuevos sistemas de partidos griego, portugués y español son un ejemplo paradigmático de la incidencia de los NMSs en tales sistemas (1992, 89 ss.). *Cfr.* para el caso español Medrano y otros (1989) y Montero y Torcal (1992 y 1994).

(38) Scott, por ejemplo, dice que el movimiento ecologista ha iluminado («enlightened») a la gente respecto de cuestiones medioambientales desestimadas hasta entonces (1990, 92).

recen haber influido asimismo sobre *la izquierda*. Críticos y políticos de izquierda, y más concretamente marxistas, los han venido rechazando desde que tuvieron conocimiento de su existencia. Los criticaban (particularmente el feminista y el ecologista) por integristas, conformistas, antirrevolucionarios y desleales a la *lucha de clases*. Sin embargo, un número creciente de estos teóricos (postmarxistas muchos de ellos), a partir de un análisis que desestima la *clase obrera* como fuerza social de la transformación estructural, se están aproximando teórica y virtualmente a los NMS (actores, estrategias y reivindicaciones) como la nueva fuerza emancipadora, la alternativa revolucionaria (v. Wilde, 1990; Koelble, 1991) (39).

Las presiones o sugerencias en este sentido renovador no se centran exclusivamente en los estudios marxistas. El semanario *The Economist* recogía en un análisis sobre el pasado, el presente y el inmediato futuro de la socialdemocracia la posible alternativa que pueden representar los nuevos temas, una vez parece haberse impuesto como insoslayable la aplicación de políticas macroeconómicas neoliberales (40). Inglehart va más allá: entiende que «la significación de la izquierda ha cambiado ya, y lo ha hecho bajo la influencia de los nuevos movimientos sociales» (1992, 76). «Los indicadores más fuertes de si uno es de izquierda o de derecha —afirma en un trabajo anterior— son los nuevos temas políticos como el apoyo a la liberación del aborto y al movimiento pacifista en el polo de la izquierda, o el apoyo a la energía nuclear, la creencia en Dios y el patriotismo en el polo opuesto» (1991, 300; v. Touraine y McDonald, 1991).

A MODO DE REFLEXION FINAL

En esta aproximación a la literatura sobre los movimientos contemporáneos he intentado sistematizar los contenidos abordados por los autores y la forma en que se acercan a ellos. El estudio no podía ser exhaustivo ni mucho menos definitivo; sí pretendía apuntar las líneas de investigación imperantes en este campo de las ciencias sociales y lo que son a mi entender muchas de sus lagunas y debilidades. Entiendo que es ya el momento de intentar consensuar conceptos y argumentos, pero sobre todo de superar ambigüedades, contradicciones y planteamientos excluyentes. Los trabajos de Scott (1990), Dalton y Kuechler (1992) y Laraña y Gusfield (1994) se demuestran un paso importante, si bien no definitivo, en este esfuerzo de superación. Se precisan asimismo más investigaciones empíricas (comparativas entre países y mo-

(39) En esta línea, Hunter entiende que el marxismo como teoría ha sido desautorizado tanto por su análisis erróneo del comportamiento de la clase obrera, que no actúa como clase, como por no haber asimilado los «temas radicales de hoy» (*today's radical issues*): guerra nuclear, ecología, etc. (1988, 885; v. Scott, 1990, 93 ss.).

(40) *The Economist*, vol. 331, núm. 7867, 11-17 de junio 1994, págs. 11 y 20-21.

vimientos, *nuevos y viejos*) y un intento de aproximación entre distintas líneas de análisis científico-social: al menos, de los NMSs, de las acciones colectivas (41) y de los sistemas de partidos (42). Los estudios —aquellos que pudieren verse afectados por esta crítica— deben ser más analíticos y menos subjetivos y normativos (cuando menos, los autores deberían explicitar sus tendencias ideológicas o sus pareceres respecto del tema que tratan, y no dar apariencia de trabajo científico a lo que en realidad son ensayos). Finalmente, creo que la crisis económica que ha azotado Europa occidental desde 1992 hasta al menos 1994 ha abierto un período histórico sugerente para contrastar las previsiones y conclusiones desarrolladas, tanto más cuanto que, según Offe, la «crisis» reduce el espacio de compromiso entre los dos paradigmas hasta el punto de exponerlos entre sí a una situación de *suma cero*, y en consecuencia definitiva (*vide* Offe, 1988, esp. 226-7; Alonso, 1992).

Una nota sobre España

No obstante la precisión que hice más arriba respecto del tipo de análisis que me proponía acometer, y como también entonces indicara, considero de interés una alusión siquiera mínima al estado de la cuestión en España por lo que se refiere a estudios empíricos. Una primera constatación es la escasez de los mismos, es decir, la escasez de estudios científico-sociales adecuados al modelo tratado en este artículo, como en general ocurre con la investigación empírica de los NMSs en Europa del Sur. Una segunda, su carácter descriptivo, criticable porque no siempre obedece éste al rigor científico de los estudios históricos o historiográficos, presente sobre todo en los que versan sobre el movimiento feminista. Finalmente, cabe señalar el matiz com-

(41) El análisis de los acontecimientos sociales objeto de estudio a la luz de las teorías y modelos existentes, tal y como hacen manifiestamente Tarrow (1988), Pérez Ledesma (1994), Johnston *et. al.* (1994) o Klandermans (1994) permite profundizar en su conocimiento en tanto que realidad específica (los NMSs), pero también en tanto que general (los movimientos sociales). Así, por ejemplo y adicionalmente, McAdam ha afirmado que la perspectiva europea de los NMSs —que ha convertido a los factores culturales y cognitivos en aspectos centrales para el estudio de los movimientos sociales— ha estimulado el interés de los investigadores, y muy especialmente de los norteamericanos, por tales factores como una fuerza determinante de la aparición y el desarrollo de los movimientos sociales (1994, 44). Otro ejemplo claro del enriquecimiento sugerido es el artículo de Hank Johnston (1994) sobre «Nuevos movimientos sociales y viejos nacionalismos regionales en España y la Unión Soviética».

(42) He obviado consciente y deliberadamente cualquier referencia a las investigaciones científico-sociales sobre los sistemas de partidos (y más concretamente sobre el *descongelamiento* actual de los sistemas de *cleavages* y la posible crisis de los partidos) por no ser el objeto del estudio aquí acometido el contraste de la literatura sobre los NMSs. Ahora bien: considero ineludible su tratamiento en todo análisis de los movimientos contemporáneos que aspire a superar las carencias indicadas. A mi entender son de obligada lectura trabajos como el ya referido de Lipset y Rokkan (1967) o los de Pizzorno (1983), Dalton y otros (1984), Mair (1989), Bartolini y Mair (1990), Lane y Ersson (1991), Franklin y otros (1992), Daalder (1992).

prometido de muchos de los trabajos, explícitamente calificados por los propios autores en tales ocasiones de «ensayo» o «reflexión».

Pueden señalarse de entre las publicaciones existentes los artículos de Gomáriz Moraga (1987) y Gary Prevost (1993) sobre el tema del ascenso y declive del movimiento pacifista, en ambos casos directamente relacionado con la entrada de España en la OTAN. Barroso, Río y Santacara (1992) han reflexionado también sobre el movimiento pacifista, pero centrándose en la «franca decadencia» en que se halla, en Europa y en España, a raíz de la vigencia desde 1991 de lo que se ha denominado *nuevo orden mundial*. Ana Alonso y otros (1991) han recogido en su ensayo la reacción del movimiento pacifista en España ante la crisis y la guerra del Golfo durante las primeras semanas de hostilidades. Interesante es también el artículo colectivo de miembros de la *Comisión Ecológica de la Asamblea Alternativa* (1991), en el que abordan —a partir de una experiencia concreta de recogida de firmas en favor de una propuesta de ley por iniciativa popular que estableciere la renuncia a la producción e importación de electricidad de origen nuclear—, cuestiones tales como la representatividad de los parlamentarios ante los integrantes de este movimiento específico, la capacidad legislativa directa de los ciudadanos que reivindican y «la soledad del movimiento ecologista realmente existente» con que titulan uno de sus epígrafes. Sobre el movimiento ecologista español, pero tampoco analítico, sino expresamente manifestado «descriptivo», puede consultarse el trabajo de Woischnik (1986). En cuanto al movimiento feminista en España, Scanlon (1986 y 1990) ofrece una visión evolutiva del mismo que, más interesada por las razones que por los procesos, atiende tanto al «primer feminismo» como a la segunda ola del movimiento o «nuevo feminismo» (*vide it.* Folguera, 1988; Pardo, 1988; Kaplan, 1992). Sobre la «resistencia y el movimiento de mujeres en España» entre 1936 y 1976, pero no exactamente sobre el movimiento feminista, puede verse el libro de Di Febo (1979) y el artículo de Moreno (1988). Quisiera resaltar por último el análisis histórico que, a partir del modelo de la estructura de oportunidad política, ha realizado Álvarez Junco (1994) sobre la evolución de los movimientos sociales en España a lo largo de tres fases, desde la segunda mitad del siglo XIX hasta finales de los ochenta; sin ser un artículo específico sobre los movimientos contemporáneos, aporta ideas muy interesantes, siquiera por su interdisciplinariedad, para la comprensión de los mismos, y de los movimientos sociales en general.

Entre noviembre y enero de 1994-1995 se ha celebrado en Madrid un seminario (43), en cuyas sesiones ha sido abordado el tema de los NMSs en repetidas ocasiones, siquiera puntualmente. No obstante, y salvo en el caso de Salvador Giner con su ponencia «Altruismo y democracia: lo privado y lo público» (30 de noviembre de 1994), aquellos intervinientes que han tratado los NMSs tampoco lo han hecho des-

(43) *Estado, Mercado y Democracia. El Pensamiento de Izquierda a Debate*, coordinado por Andrés de Francisco y organizado por la *Fundación Pablo Iglesias*. Madrid, noviembre-enero 1994/95.

de un punto de vista científico-social, sino en tanto que propuesta alternativa de lo que en los noventa debe entenderse (a su juicio) por izquierda (44).

Caben destacarse de entre los trabajos propiamente insertables en la literatura científico-social sobre los NMSs en España «Los nuevos movimientos sociales (...)» de Luis Enrique Alonso (1991) y, de menor entidad, «Los nuevos movimientos sociales» de Juan García de la Cruz (1990). Sobresalen, a mi entender, el estudio que realiza Adell Argiles (1994) sobre el tema aquí analizado a partir del ya referido de Kriess y otros (1992) (45) y los trabajos de Enrique Laraña, que analizan las movilizaciones estudiantiles que tuvieron lugar en Madrid durante el curso académico 1986/87 (1992, 1993, 1994a y 1994b).

En definitiva, es mucho lo que aún se puede e incluso se debería hacer respecto del estudio de los *nuevos movimientos sociales*, y ello tanto desde el punto de vista teórico como empírico, y más concretamente de la realidad española (y sudeuropea) de los mismos. Al menos a esa conclusión llego después del análisis precedente. Mi modesta pretensión no iba mucho más allá.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- ADELL ARGILES, Ramón (1994): «Movimientos sociales y contexto político». *Leviatán*, 56, Verano, págs. 113-129.
- ALONSO, Ana; BARCELÓ, Nicolau, y BUSTAMANTE, José M. (1991): «La reacción de los movimientos sociales a la crisis y a la guerra del Golfo», en *Anuario del Centro de Investigación para la Paz 1990-1991*. Barcelona: Icaria Editorial, págs. 199-219.
- ALONSO, Luis E. (1991): «Los nuevos movimientos sociales y el hecho diferencial español: Una interpretación», en VIDAL-BENEYTO, José (ed.): *España a Debate*, II: *La Sociedad*. Madrid: Tecnos, págs. 71-98.
- (1992): «Postfordismo, fragmentación social y crisis de los nuevos movimientos sociales». *Sociología del Trabajo*, 16, Otoño, págs. 119-141.
- ALVAREZ JUNCO, José (1994): «Movimientos sociales en España: del modelo tradicional a la modernidad postfranquista», en LARAÑA, Enrique, y GUSFIELD, Joseph (eds.): *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, Colección Academia, págs. 413-442.
- BAGGULEY, Paul (1992): «Social Change, the Middle Class and the Emergence of *New Social Movements*: a Critical Analysis». *The Sociological Review*, Febr., vol. 40, n.º 1, págs. 26-48.

(44) Véase, en esta línea, el trabajo de Jaime Pastor (1994a). En él afirma apuntar «algunas contribuciones a la visión de la democracia procedentes de los nuevos movimientos sociales, relacionándolos con viejos movimientos como el de la clase obrera y buscando extraer también algunas enseñanzas útiles para la reconstrucción de la izquierda alternativa» (*Id.*, 28; énfasis añadido). A su juicio esta labor compete en España a Izquierda Unida (IU): «(...) parece posible establecer una nueva relación de apoyo mutuo, de colaboración, desde la autonomía de cada uno, entre la nueva formación política que ha de ser IU y esos movimientos sociales [sindicatos, ecologismo, pacifismo y feminismo, por ejemplo]» (1994b, 147).

(45) El artículo se basa en la tesis doctoral del propio autor, presentada en 1989. El estudio aborda los sucesos acaecidos en Madrid entre 1975 y 1987.

- BARROSO, Cristino; RÍO, Lola, y SANTACARA, Aranixa (1992): «¿Dónde están los pacifistas? Notas sobre el pacifismo en España». *Papeles para la Paz*, 45, págs. 237-247.
- BARTOLINI, Stefano, y MAIR, Peter (1990): *Identity, Competition, and Electoral Availability. The Stabilisation of European Electorates, 1885-1985*. Cambridge: Cambridge University Press.
- BAUMAN, Z. (1982): *Memories of Class*. Londres: Routledge y Kegan Paul.
- BERGER, Suzanne (1979): «Politics and Antipolitics in Western Europe in the Seventies». *Daedalus*, vol. 108, n.º 1, Invierno, págs. 27-50.
- BOSCH, Anna; ESQUERRÀ, Josep; LEIRA, Oriol; PI, Monlse; SILVEIRA, Héctor; SOPENA, Joaquim, y TELLO, Enric (1991): «Algunas reflexiones sobre la Campaña Vivir sin nucleares». *Mientras Tanto*, 46, septiembre-octubre, págs. 23-50.
- BRAND, Karl Werner; BÜSSER, D., y RUCHT, Dieter (1983): *Aufbruch in eine andere Gesellschaft. Neue Soziale Bewegungen in der Bundesrepublik*. Frankfurt: Campus.
- BRAND, Karl Werner (1982): *Neue Soziale Bewegungen: Entstehung, Funktion und Perspektive Neuer Protestpotentiale*. Opladen: Westdeutscher Verlag.
- (1992): «Aspectos cíclicos de los nuevos movimientos sociales: Fases de crítica cultural y ciclos de movilización del nuevo radicalismo de clases medias», en DALTON, Russell, y KUECHLER, Manfred (eds.): *Los nuevos movimientos sociales: Un reto al orden político*. Título original: *Challenging the Political Order. New Social and Political Movements in Western Democracies* (1990). Valencia: Edicions Alfons el Magnànim, Institució Valenciana D'Estudis i Investigació, Generalitat Valenciana, Diputació Provincial de València, págs. 45-69.
- COHEN, Jean L. (1985): «Strategy or Identity: New Theoretical Paradigms and Contemporary Social Movements». *Social Research*, vol. 52, n.º 4, Invierno, págs. 663-716.
- COTGROVE, Stephan, y DUFF, Andrew (1980): «Environmentalism, Middle-Class Radicalism and Politics». *Sociological Review*, 28, págs. 333-51.
- DAALDER, Hans (1992): «A Crisis of Party?». *Scandinavian Political Studies*, vol. 15, n.º 4, págs. 269-288.
- DALTON, Russel J. (1988): *Citizen Politics in Western Democracies. Public Opinion and Political Parties in the United State, Great Britain, West Germany, and France*. Chathan, N. J.: Chathan House Publishers.
- DALTON, Russell J.; FLANAGAN, Scott C., y BECK, Paul Allen (eds.) (1984): *Electoral Change in Advanced Industrial Democracies: Realignment?* Princeton, N. J.: Princeton University Press.
- DALTON, Russell, y KUECHLER, Manfred (eds.) (1992): *Los nuevos movimientos sociales: Un reto al orden político*. Título original: *Challenging the Political Order. New Social and Political Movements in Western Democracies*. Valencia: Edicions Alfons el Magnànim, Institució Valenciana D'Estudis i Investigació, Generalitat Valenciana, Diputació Provincial de València.
- DALTON, Russell; KUECHLER, Manfred, y BURKLIN, Wilhelm (1992): «El reto de los nuevos movimientos», en DALTON, Russell, y KUECHLER, Manfred (eds.): *op. cit.*, págs. 19-42.
- DE NARDO, J. (1985): *Power in Numbers: The Political Strategy of Protest and Rebellion*. Princeton University Press.
- DIANI, Mario (1992): «The Concept of Social Movement». *The Sociological Review*, vol. 40, n.º 1, Febrero, págs. 1-25.
- DI FEBBO, Giuliana (1979): *Resistencia y movimiento de mujeres en España. 1936-1976*. Traducción de Guiomar Eguillor. L'Hospitalet: Icaria Editorial.
- EDER, Klaus (1985): «The New Social Movements: Moral Crusades, Political Pressure Groups, or Social Movements?». *Social Research*, vol. 52, n.º 4, Invierno, págs. 869-890.
- FOLGUEIRA, Pilar (1988): «De la transición política a la democracia. La evolución del feminismo en España durante el período 1975-1988», en *idem* (comp.): *El feminismo en España: Dos siglos de historia*. Madrid: Editorial Pablo Iglesias, págs. 111-131.
- FRANKLIN, Mark N.; MACKIE, Thomas T., y VALEN, Henry (1992): *Electoral Change. Responses to Evolving Social and Attitudinal Structures in Western Countries*. Cambridge: Cambridge University Press.

- GARCÍA DE LA CRUZ, Juan J. (1990): «Los nuevos movimientos sociales», en GINER, Salvador (dir.): *España. Sociedad y política*. Madrid: Espasa-Calpe, págs. 593-612.
- GOMÁRIZ MORAGA, Enrique (1987): «El movimiento por la Paz en España». *Revista Internacional de Sociología*, vol. 45, fascículo 3, julio-septiembre, págs. 549-566.
- GURR, Ted R., y DUVAL, R. (1973): «Civil Conflict in the 1960's. A Reciprocal System with Parameter Estimates». *Comparative Political Studies*, 6, págs. 135-169.
- GURR, Ted R. (1968): «A Causal Model of Civil Strife: A Comparative Analysis Using new Indices». *American Political Science Review*, 62, págs. 1104-1124.
- (1970): *Why Men Rebel*. Princeton, N. J.: Princeton University Press.
- HABERMAS, Jürgen (1973): *Legitimation Crisis*. Translated by Thomas MacCarthy. *Legitimationsprobleme im Spätkapitalismus* (1973). Boston: Beacon Press.
- (1981): «New Social Movements». *Telos*, 49, págs. 33-37.
- (1987): *The Theory of Communicative Action*, vol. 2. Cambridge: Polity Press.
- HIRSCH, Joachim (1988): «The Crisis of Fordism, Transformations of the Keynesian Security State, and New Social Movements». *Research in Social Movements, Conflicts and Change*, 10, págs. 43-55.
- HIRSCHMAN, A. (1982): *Shifting Involvements*. Princeton: Princeton University Press.
- HUNTER, Allen (1988): «Post-Marxism and the New Social Movements». *Theory and Society*, 17, págs. 885-900.
- INGLEHART, Ronald (1977): *The Silent Revolution: Changing Values and Political Styles among Western Publics*. Princeton, N. J.: Princeton University Press.
- (1991): *El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas*. Traducción de Sandra Chaparro Martínez, revisada por Rafael del Águila Tejerina. Madrid: C.I.S., Siglo XXI.
- (1992): «Valores, ideología y movilización cognitiva en los nuevos movimientos sociales», en DALTON, Russell, y KUECHLER, Manfred (eds.): *op. cit.*, págs. 71-99.
- JOHNSTON, Hank (1994): «Nuevos movimientos sociales y viejos nacionalismos regionales en España y en la antigua Unión Soviética», en LARAÑA, Enrique, y GUSFIELD, Joseph (eds.): *op. cit.*, págs. 369-391.
- JOHNSTON, Hank; LARA, Enrique, y GUSFIELD, Joseph (1994): «Identidades, ideologías y vida cotidiana en los nuevos movimientos sociales», en LARAÑA, Enrique, y GUSFIELD, Joseph (eds.): *op. cit.*, págs. 3-42.
- KAASE, Max (1992): «Movimientos sociales e innovación política», en DALTON, Russell J., y KUECHLER, Manfred (eds.): *op. cit.*, págs. 123-145.
- KAPLAN, Gisela (1992): *Contemporary Western European Feminism*. London: Allen & Unwin.
- KITSCHELT, Herbert (1992): «Los nuevos movimientos sociales y el declinar de la organización de los partidos», en DALTON, Russell, y KUECHLER, Manfred (eds.): *op. cit.*, págs. 247-286.
- (1989): *The Logics of Party Formation: Structure and Strategy of Belgian and West German Ecology Parties*. Ithaca, N. Y.: Cornell University Press.
- (1986): «Political Opportunity Structures and Political Protest: Anti-Nuclear Movements in Four Democracies». *British Journal of Political Science*, vol. 16, 1.ª parte, Enero, págs. 58-85.
- KLANDERMANS, Bert (1992): «La unión de lo 'viejo' con lo 'nuevo': El entramado de los movimientos sociales en los Países Bajos», en DALTON, Russell, y KUECHLER, Manfred (eds.): *op. cit.*, págs. 173-191.
- KOELBLE, Thomas A. (1991): «Nuevos movimientos sociales, postmarxismo y estrategia socialista: ¿Son los nuevos movimientos sociales un catalizador para el rejuvenecimiento socialista?». *Revista Mexicana de Sociología*, 2, págs. 223-234.
- KOOPMANS, Ruud (1993): «The Dynamics of Protest Waves: West Germany, 1965 to 1989». *American Sociological Review*, vol. 58, n.º 5, Octubre, págs. 637-658.
- KRIESI, Hanspeter, y PRAAG, Philip Van Jr. (1987): «Old and New Politics: The Dutch Peace Movement and the Traditional Political Organizations». *European Journal of Political Research*, 15, págs. 319-346.
- KRIESI, Hanspeter; KOOPMANS, Ruud; DUUVENDAK, Jan W., y GIUGNI, Marco G. (1992): «New Social Movements and Political Opportunities in Western Europe». *European Journal of Political Research*, vol. 22, n.º 2, Agosto, págs. 219-244.

- KUECHLER, Manfred, y DALTON, Russell J. (1992): «Los nuevos movimientos sociales y el orden político, o la posibilidad de que los cambios producidos preparen una estabilidad a largo plazo», en DALTON, Russell y KUECHLER, Manfred (eds.): *op. cit.*, págs. 373-403.
- LADRECH, Robert (1989): «Social Movements and Party Systems: The French Socialist Party and New Social Movements». *West European Politics*, vol. 12, n.º 3, Julio, págs. 262-279.
- LANE, Jan-Erik, y ERSSON, Svante O. (1991): *Politics and Society in Western Europe*, 2.ª ed. (1.ª, 1987), Londres: Sage Publication.
- LARAÑA, Enrique (1992): «Student Movements in the US and Spain: Ideology and Crisis of Legitimacy in Post-Industrial Society», trabajo presentado en la *International Conference and Social Movements*, University of California, San Diego, 17-20 de junio.
- (1993): «Los movimientos sociales en España (1960-1990). Análisis de tendencias», en CAMPO, Salustiano del (ed.): *Tendencias sociales en la España de hoy*. Bilbao: Fundación del Banco Bilbao-Vizcaya.
- (1994a): «Continuidad y unidad en las nuevas formas de acción colectiva. Un análisis comparado de movimientos estudiantiles», en LARAÑA, Enrique y GUSFIELD, Joseph (eds.): *op. cit.*, págs. 253-285.
- (1994b): «Social Movements in Spain». *The Tocqueville Revue*, vol. 15, n.º 1.
- LARAÑA, Enrique, y GUSFIELD, Joseph (eds.) (1994): *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, Colección Academia.
- LAWSON, Kay (1988): «When Linkage Fails», en LAWSON, Kay y MERKL, Peter H. (eds.): *When Parties Fail. Emerging Alternative Organizations*. Princeton, N.J.: Princeton University Press, págs. 13-38.
- LIPSET, Seymour M., y ROKKAN, Stein (1967): «Cleavage Structures, Party Systems, and Voter Alignments: An introduction», en *idem* (eds.): *Party Systems and Voter Alignments*. New York: Free Press, págs. 1-64.
- MAIR, Peter (1989): «Continuity, Change and the Vulnerability of Party». *West European Politics*, vol. 12, n.º 4, págs. 169-187.
- MARCUSE, H. (1970): *Five Lectures: Psychoanalysis, Politics and Utopia*. Translated by J. J. Shapiro and S. M. Weber. Londres: Allen Lane, The Penguin Press.
- MARSH, Alan (1977): *Protest and Political Consciousness*. Londres: Sage.
- MCADAM, Doug (1982): *Political Process and the Development of Black Insurgency, 1930-1970*. Chicago y Londres: The University of Chicago Press.
- (1994): «Cultura y movimientos sociales», en LARAÑA, Enrique y GUSFIELD, Joseph (eds.): *op. cit.*, págs. 43-67.
- MCCARTHY, John D., y ZALD, Mayer N. (1973): *The Trend of Social Movements in America*. Morristown, N.J.: General Learning.
- (1977): «Resource Mobilization and Social Movements: A Partial Theory». *American Journal of Sociology*, 82, págs. 1212-1241.
- (eds.) (1979): *Dynamics of Social Movements*. Cambridge, Mass.: Winthrop.
- MEDRANO, Juan Díez; GARCÍA-MON, Blanca, y DIEZ NICOLÁS, Juan (1989): «El significado de ser de izquierdas en la España actual». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 45, Enero-Marzo, págs. 9-41.
- MELUCCI, Alberto (1985): «The Symbolic Challenge of Contemporary Movements». *Social Research*, vol. 52, n.º 4, Invierno, págs. 789-816.
- (1994): «¿Qué hay de nuevo en los nuevos movimientos sociales?», en LARAÑA, Enrique, y GUSFIELD, Joseph (eds.): *op. cit.*, págs. 119-149.
- MICHELS, Robert (1984): *Los partidos políticos. Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna*. 3.ª reimpresión (1.ª ed. en español: 1969; 1911 en alemán). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- MORENO SARDÁ, Amparo (1988): «La réplica de las mujeres al franquismo», en FOLGUERA, Pilar (comp.): *op. cit.*, págs. 85-110.

- MONTERO, José R., y TORCAL, Mariano (1992): «Política y cambio cultural en España: Una nota sobre la dimensión posmaterialista». *Revista Internacional de Sociología*, 1, Enero-Abril, págs. 61-99.
- (1994): «Value Change, Generational Replacement and Politics in Spain». Instituto Juan March de Estudios e Investigaciones, C.E.A.C.S., *Estudios/Working Papers*, 56, February.
- MÜLLER, Edward N., y OPP, K. D. (1986): «Rational Choice and Rebellious Action». *American Political Science Review*, 80, págs. 471-88.
- MÜLLER-ROMMEL, Ferdinand (1992): «Nuevos movimientos políticos y partidos defensores de una "nueva política" en la Europa Occidental», en DALTON, Russell y KUECHLER, Manfred (eds.): *op. cit.*, págs. 287-313.
- OBERSCHALL, Anthony (1973): *Social Conflict and Social Movements*. Englewood Cliffs, N.J.: Prentice-Hall.
- (1978): «The Decline of the 1960's Social Movements». *Research Social Movements*, 1, págs. 257-290.
- OFFE, Claus (1987): «Challenging the Boundaries of Institutional Politics: Social Movements since the Sixties», en MAIER, Charles S. (ed.): *Changing Boundaries of the Political*. Cambridge: Cambridge University Press.
- (1988): *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*. Traducción de Juan Gutiérrez. Madrid: Sistema.
- OLIVER, P.; MARWELL, G., y TEIXEIRA, R. (1985): «A Theory of the Critical Mass. I. Group Heterogeneity, Interdependence and the Production of Collective Goods». *American Journal of Sociology*, 91, págs. 522-556.
- OLSEN, Johan (1983): *Organized Democracy: Political Institutions in a Welfare State*. Bergen: Universitetsforlaget.
- PARDO, Rosa (1988): «El feminismo en España: Breve resumen, 1953-1985», en FOLGUERA, Pilar (comp.): *op. cit.*, págs. 133-140.
- PASTOR, Jaime (1994a): «La democracia, los movimientos sociales y la izquierda». *Utopías. Nuestra bandera*, 162, Octubre-Diciembre, págs. 28-40.
- PASTOR, Jaime (1994b): «Viejos ideales, nuevos caminos. Algunas tesis sobre la reconstrucción de la izquierda». *Utopías. Nuestra Bandera*, 160-161, Julio-Septiembre, págs. 145-149.
- PÉREZ LEDESMA, Manuel (1994): «"Cuando lleguen los días de la cólera" (Movimientos sociales, teoría e historia)». *Zona Abierta*, 69, págs. 51-120.
- PIZZORNO, Alessandro (1983): «Interest and Parties in Pluralism», en BERGER, Suzanne (ed.): *Organizing interests in Western Europe. Pluralism, Corporatism, and the Transformation of Politics*. Cambridge: Cambridge University Press, págs. 247-284.
- PREVOST, Gary (1993): «The Spanish Peace Movement in a European Context». *West European Politics*, vol. 16, n.º 2, Abril, págs. 144-164.
- RASCHKE, Joachim (1985): *Soziale Bewegungen: Ein Historisch Systematischer Grundri*. Frankfurt y Nueva York: Campus.
- RIECHMANN, Jorge (1994): *Los Verdes alemanes*. Granada: Ecorama.
- ROCHON, Thomas (1992): «El movimiento por la Paz en Europa Occidental y la teoría de los nuevos movimientos sociales», en DALTON, Russell y KUECHLER, Manfred (eds.): *op. cit.*, págs. 149-191.
- ROOTES, Chris A. (1992): «The New Politics and the New Social Movements. Accounting for British Exceptionalism». *European Journal of Political Research*, 22, págs. 171-191.
- ROTH, Roland (1983): «Gesellschaftstheoretische Konzepte zur Analyse neuer sozialer Bewegungen». *Politische Vierteljahresschrift*, 24, págs. 311-328.
- RUCHT (1992): «Estrategias y formas de acción de los nuevos movimientos sociales», en DALTON, Russell y KUECHLER, Manfred (eds.): *op. cit.*, págs. 219-243.
- SCANLON, Geraldine M. (1986): *La polémica feminista en la España contemporánea, 1868-1974*. Traducción de Rafael Mazarrasa. Madrid: Akal.
- (1990): «El movimiento feminista en España, 1900-1985: Logros y dificultades», en ASTELARRA, Ju-

- dith (comp.): *Participación política de las mujeres*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, Siglo XXI, Colección «Monografías», n.º 109, págs. 83-100.
- SCHIMANK, U. (1983): *Neoromantischer Protest im Spätkapitalismus. Der Widerstand gegen Stadt- und Landschaftsverödung*. Bielefeld: AJZ.
- SCHMITT-BECK, Rüdiger (1992): «A Myth Institutionalized. Theory and Research on New Social Movements in Germany». *European Journal of Political Research*, 21, págs. 357-383.
- SCOTT, Alan (1990): *Ideology and the New Social Movements*. Londres: Unwin Hyman, *Controversies in Sociology*, 24.
- STÖSS, R. (1984): «Vom Mythos der Neuen Sozialen Bewegungen: Neuen Thesen und ein Exkurs zum Elend der NSB-Forschung», en FALTER, J. W.; FENNER, C., y GREVEN, M. T. (eds.): *Politische Willensbildung und Interessenvermittlung*. Opladen: Westdeutscher Verlag, págs. 548-65.
- TARROW, Sidney (1988): «National Politics and Collective Action: Recent Theory and Research in Western Europe and the United States». *Annual Review of Sociology*, 14, págs. 421-440.
- TILLY, Charles (1978): *From Mobilization to Revolution*. New York: Random House.
- TOURAINE, Alain, y McDONALD, Kevin (1991): «Can One Still Be on the Left?». *Tesis Eleven*, 28, págs. 100-104.
- TOURAINE, Alain (1981): *The Voice and the Eye: An Analysis of Social Movements*. Cambridge: Cambridge University Press.
- (1985): «An Introduction to the Study of Social Movements». *Social Research*, vol. 52, n.º 4, Invierno, págs. 749-787.
- TURNER, Ralph (1994): «Ideología y utopía después del socialismo», en LARAÑA, Enrique y GUSFIELD, Joseph (eds.): *op. cit.*, págs. 69-92.
- WATTS, Nicholas S. J. (1987): «Mobilisierungspotential und gesellschaftspolitische Bedeutung der neuen sozialen Bewegungen: Ein Vergleich der Länder der Europäischen Gemeinschaft», en ROTH, Roland y RUCHT, Dieter (eds.): *Neue Soziale Bewegungen in der Bundesrepublik Deutschland*. Frankfurt and New York: Campus.
- WILDE, Lawrence (1990): «Class Analysis and the Politics of New Social Movements». *Capital and Class*, 42, Invierno, págs. 55-78.
- WILSON, Frank L. (1992): «Neocorporativismo y auge de los nuevos movimientos sociales», en DALTON, Russell y KUECHLER, Manfred (eds.): *op. cit.*, págs. 101-122.
- WOISCHNIK, Alwine (1986): «Movimiento ecologista español». *Revista Iberoamericana de Autogestión y Acción*, año IV, n.º 7, Primavera, págs. 35-77.
- ZALD, Mayer N., y MCCARTHY, John D. (eds.) (1987): *Social Movements in an Organizational Society*. New Brunswick, N.J.: Transaction.